

2



MERCHE DIOLCH

*Siempre tii*  
*Maverick*

Click  
EDICIONES

# Índice

Portada

Portadilla

Cita

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Personajes de la serie

Siempre tú 3. Zoe

Cita

Prólogo

Biografía

Créditos

Ediciones Click

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

**SIEMPRE TÚ 2. MAVERICK**

Merche Diolch



«Cualquier otra chica habría llamado enseguida, habría citado al chico en una terraza para devolverle el álbum y así sabría si valía la pena seguir soñando o no. Eso se llama enfrentarse a la realidad.»

Jean-Pierre Jeunet, *Amélie*

## Prólogo

Habían conseguido un vuelo directo de casi siete horas desde Nueva York a Dublín.

Buffy se había quedado dormida casi en el mismo instante en el que habían despegado y, salvo un par de minutos en los que intervino en la conversación que mantenían Zoe y Dulce, durante el resto del tiempo apenas se inmutó. Estaba agotada. Su jefe la había tenido trabajando más horas de las estipuladas en su contrato, preocupado de que, con su marcha, no llegaran a tiempo para la entrega del videojuego.

Ella le había prometido que regresaría con días suficientes para terminarlo, pero este, desconfiado, le rogó que doblara turno en el trabajo y así podrían adelantar faena.

Por supuesto no había concluido el trabajo. Era un imposible en tres días, desde que le avisó de que se tomaba vacaciones, el mismo sábado después de hablar con Izan. Pero pareció que se quedaba más contento.

Buffy, por supuesto, había sufrido el exceso y estaba agotada.

Zoe lo tuvo más fácil. Había terminado los exámenes, por lo que, tras exponerle a su tutora que necesitaba unas vacaciones, esta casi la echó del departamento. A la profesora le pareció una maravillosa idea que se tomara unos días, ya que así descansaría y desconectaría de los estudios.

Dulce era la que más complicado lo iba a tener. Esa semana tenía la prueba final del curso y debía presentarse si quería



terminarlo.

Solo se le ocurrió una cosa y, aunque se salía de lo ortodoxo, decidió que, si quería ir a Irlanda, para descubrir qué le sucedía a Maverick, debía atreverse con cualquier locura.

El sábado se levantó con una idea fija: debía adelantar el examen y, para ello, se presentó en el restaurante donde trabajaba su profesor.

Le explicó lo que le sucedía. No quería mentirle y le rogó que le dejara presentarle su tarta de ángel allí mismo.

—¿Aquí?! —le preguntó incrédulo.

Dulce todavía recordaba la cara de espanto que mostró.

—Si me lo permite, chef... La haré sin molestarlo, sin que su equipo note que estoy cocinando —le rogó—. Solo necesito que me dé esa posibilidad. Necesito que vea lo que sé hacer...

—Pero ¿tan importante es ese chico para usted?

La joven sonrió sin darse cuenta.

—No lo sé —confesó—, pero tengo que averiguarlo.

El hombre debió de ver algo en sus ojos, ya que, aunque su petición no era nada convencional, cedió.

—Pero con una condición —le indicó cuando ella se felicitaba por la suerte que había tenido.

—Sí, sí... Por supuesto. La que sea —soltó con rapidez.

El chef sonrió divertido por su espontaneidad.

—Sabrá la nota el mismo día que los demás.

Ella asintió enseguida.

—Claro. No esperaba menos.

—Y, señorita...

—¿Sí?

—Debería pensar en mi propuesta —le recordó.

Dulce asintió de nuevo.

—Sí, señor. Lo hago todos los días —comentó—. Trabajar con usted, en esta cocina..., sería todo un privilegio...

—Espero su respuesta —le indicó y dio una palmada al aire—. Ahora, señorita, póngase en marcha. El tiempo corre... —Señaló el reloj que colgaba de una de las paredes, y Dulce se puso en movimiento.

—Vamos a aterrizar —avisó Zoe provocando que Dulce regresara al presente para ver como hacía un gesto con la cabeza hacia la luz que indicaba que debían ponerse los cinturones.

Esta asintió y despertó con cuidado a Buffy.

—Eh... ¿Sí? —Se desperezó, sin saber dónde se encontraba.

—Vamos a aterrizar —le informó con una sonrisa.

La pelirroja bostezó y se puso el cinturón, al mismo tiempo que el piloto les comunicaba por los altavoces la temperatura que hacía en Dublín y que no tardarían en tomar tierra.

En cuanto las ruedas tocaron el asfalto, los pasajeros aplaudieron como locos. Estaban en Irlanda, la tierra de las praderas verdes, de los castillos y las leyendas que pasan de padres a hijos.

—Se me ha hecho corto el vuelo —afirmó Buffy, levantándose de su asiento.

Las dos chicas la miraron sorprendidas y no pudieron evitar reírse de ella.

—Normal, te has pasado todo el viaje durmiendo —indicó Zoe, yendo hacia la puerta de salida.

—Exagerada —la acusó.

Dulce atrapó su brazo y comentó:

—De exagerada, nada. Hasta has roncado.

La pelirroja las miró con los ojos bien abiertos.

—Mentira... —Zoe y Dulce intercambiaron miradas y estallaron en sendas carcajadas—. Seréis malas...

—A ver si tenemos suerte y nuestras maletas salen de las primeras —deseó Zoe en voz alta, una vez terminaron de reírse.

—Estamos en el país de la suerte —afirmó Buffy, señalando el broche que llevaba prendido en su abrigo y que simulaba un trébol de cuatro hojas.

—Ahí están —señaló Dulce nada más llegar a las cintas de equipaje—. Son las primeras.

—¿Lo veis? —afirmó con prepotencia Buffy.

Zoe le tiró de uno de sus rizos y le sacó la lengua.

—Esperemos que también hagas magia y nos consigas deprisa un coche.

La pelirroja se recolocó el abrigo con aire de superioridad y cogió su maleta sin mirar; estuvo a punto de caerse al suelo, ya que no se acordaba de su peso.

Dulce la sujetó y Zoe atrapó su maleta.

Las tres se miraron y estallaron en carcajadas.

—Está bien, está bien... No os riais más —les pidió, pero era complicado que le hicieran caso, si ella era la primera que seguía riéndose a mandíbula batiente.

—Os prometo que, aunque no encontremos a Maverick, este va a ser un viaje increíble —indicó Dulce con seguridad.

—Ya lo está siendo, amiga —dijo Zoe y se puso en marcha hacia la puerta de salida del aeropuerto, donde una fila de taxis esperaba a los pasajeros que acababan de aterrizar.

—¿Y quién dice que no lo vamos a encontrar? —preguntó con tono irónico Buffy mostrando un papel en su mano—. Aquí está la dirección que nos dio Izan, por lo que vamos hasta allí y...

—¿Y qué? —dudó Dulce de pronto, parada delante del primer taxi que había libre.

Zoe ayudó al chófer con las maletas y abrió una de las puertas traseras del vehículo.

—Hablas con él y le pides una explicación —señaló como si fuera la cosa más sencilla, animándola a que entrara en el coche.

Dulce suspiró e hizo lo que le pedía.

Zoe se sentó a su lado y Buffy en el asiento del copiloto.

—Queremos ir aquí —le mostró la pelirroja la dirección escrita a boli en una servilleta de papel.

El hombre asintió y puso el coche en marcha.

—¿Lo conoce? ¿Sabe dónde es? —lo interrogó Zoe.

El taxista la miró brevemente por el espejo retrovisor y devolvió la atención a la carretera.

—Por supuesto, señorita. Todo el mundo sabe dónde se encuentra el castillo de los señores O'Connor.

Las tres chicas intercambiaron miradas sorprendidas.

—¿Castillo? —preguntó Buffy con curiosidad.

El hombre asintió con la cabeza y no dijo nada más.

Dulce buscó una de las manos de Zoe y la apretó con fuerza.  
¿Dónde se estaba metiendo?

# Capítulo 1



—Gracias... —le dijo Zoe al taxista al ayudarla con la última maleta que sacaba del vehículo.

Este movió la cabeza y, sin hablar, volvió a subir a su coche para desaparecer a continuación.

Las tres chicas estaban en el camino de grava que había frente al gran castillo de piedra, sin saber muy bien qué hacer a partir de ahora. El edificio imponía y la reciente noticia de que Maverick podía encontrarse en su interior... más todavía.

—Habrá que llamar, ¿no? —se atrevió a indicar Buffy, sin apartar su mirada de la puerta de madera.

Dulce agarró la mano de Zoe y la apretó con fuerza. No había dicho ni una palabra desde el mismo instante en que se había sentado en el coche que las había llevado hasta allí..., hasta la casa de Maverick... o, mejor dicho, hasta su castillo. ¿Quién vivía en un castillo? Era la pregunta que rondaba por su cabeza, sin encontrar una respuesta clara... Un magnate, un aristócrata, un filántropo, un

excéntrico..., pero, Maverick... No podía ser cierto. Todo esto era demasiado extraño para ella. Debía de estar soñando. Quizás se había quedado dormida en el avión y estaba en una especie de realidad paralela... En ese castillo no podía estar el chico que le había robado el corazón. Entre esas paredes de piedra antigua con torres, pináculos y hasta con un foso... Un foso seco donde parecía que habían plantado un pequeño jardín, y las plantas, árboles y flores campaban a sus anchas, mostrando una bella estampa en... ¡un foso! Solo faltaba el puente levadizo y un caballero con armadura montado sobre su caballo para retroceder a esa época de batallas, donde el hambre abundaba y la diferencia de clases era más que patente.

—¡Ay! —se quejó, llevando una de sus manos hasta el lugar donde Buffy acababa de pellizcarla.

—¿Qué haces?! —le preguntó Zoe extrañada por el comportamiento de su amiga.

La pelirroja encogió uno de sus hombros y agarró su maleta.

—Era para saber si seguía aquí, con nosotras... —Se dirigió hacia la puerta y, con la mano levantada, las miró—. ¿Llamo?

Zoe observó a la chica que seguía agarrada a su mano, sin hacer ningún movimiento ni emitir ningún sonido, y miró a Buffy.

—Llama...

El dedo de la pelirroja pulsó un pequeño botón que había cerca del marco de madera, que contrastaba demasiado con la antigüedad del edificio, y un sonido lejano llegó hasta los oídos de las chicas.

Instintivamente, Dulce hizo amago de salir corriendo, pero la mano de Zoe la retuvo con fuerza, impidiéndole huir.

—Respira... —le aconsejó—. No se trata de la guarida del lobo... Dulce tomó aire.

—No, pero es la guarida de alguien a quien creía conocer.

La morena iba a añadir algo justo cuando la puerta de la entrada se abrió y un hombre con pelo cano, vestido con traje negro, las miró sin delatar en su cara ningún gesto que mostrara la contrariedad que sentía al verlas allí plantadas.

—Buenos días...

—Hola —saludó Buffy con demasiada efusividad—, ¿está Maverick?

El hombre centró sus ojos en la pelirroja y carraspeó levemente.

—El señor O'Connor ha salido.

—Pues ya vendremos en otro momento... —susurró Dulce, haciendo intención de marcharse, pero Zoe volvió a impedirselo.

—¿Tardará mucho? —se aventuró a preguntar la morena, acercándose a la puerta, tirando de su amiga.

El hombre negó con la cabeza.

—Se le espera para la comida.

—Genial —afirmó Buffy—. ¿Podemos esperarlo?

El mayordomo arrugó el ceño.

—¿Tenían alguna cita? —preguntó escéptico.

—No...

—Sí. —Buffy interrumpió a Dulce y agarró el asa de su maleta para adentrarse en el castillo sin esperar invitación—. El señor O'Connor nos dijo que podíamos esperarlo en su casa... —recitó convencida, con la espalda recta y andares firmes que la llevaban cada vez más hacia el interior de la vivienda.

Dulce y Zoe se miraron asombradas por la actitud de su amiga, pero lejos de quedarse atrás, las dos la imitaron para perplejidad del hombre de pelo blanco, que se apartó a un lado permitiéndoles el acceso.

—Señoritas... Si quieren, pueden esperar en la biblioteca —señaló siguiéndolas un poco nervioso.

—La biblioteca estará bien —indicó Buffy deteniéndose de golpe y provocando que las otras dos chicas se chocaran entre sí. La joven se giró levemente y miró al mayordomo—. ¿Hacia dónde, Alfred?

El hombre movió la mano señalando el pasillo que nacía a la derecha, y la pelirroja asintió para retomar el camino de inmediato.

El silencio del castillo las envolvió mientras sus pisadas eran amortiguadas por la alfombra que escondía el suelo de madera. Las paredes, vestidas con cuadros de paisajes y personas con pose regia, alternaban espacio con armaduras antiguas que brillaban con los rayos del sol que luchaban por colarse entre los pesados cortinajes de las ventanas.

—Si me permiten... —indicó el hombre corriendo para adelantarlas justo cuando llegaban a una puerta de madera que les impedía continuar caminando. La abrió, entrando en la estancia antes que ellas, y esperó a que las tres se internaran en lo que supieron de inmediato que se trataba de la biblioteca del castillo.

Las estanterías crecían del suelo al techo, repletas de libros antiguos y algunos, como supieron más tarde, más modernos; por encima de sus cabezas había un corredor al que se llegaba a través de una escalera de caracol que había en una de las esquinas de la habitación. Un gran globo terráqueo, en el que se reproducía un mapa terrestre antiguo, estaba cerca de un enorme escritorio, situado delante de un ventanal por el que se veía el campo, y bajo sus pies se extendía una alfombra que ofrecía calidez a la sala; dos sofás de cuero marrón, cercanos a una chimenea, y otro sillón de grandes orejas completaban el mobiliario de la estancia.

—Informaré al señor O'Connor de su llegada en cuanto regrese... —dijo el mayordomo a modo de despedida, divertido ante el asombro de las jóvenes, que se habían quedado con la boca abierta



observando la biblioteca. Fue a cerrar la puerta tras él, justo cuando se lo impidieron.

—Perdone...

—Señorita... —Observó a la chica morena.

—Si necesitáramos algo, ¿cómo podremos localizarlo?

—Esa es una muy buena pregunta, Zoe —señaló Buffy, sin mirarlos. Toda su atención la tenía centrada en los libros que había cerca de ella—. Este sitio es enorme y nos podemos perder.

El hombre no pudo evitar mostrar una sonrisa ante la espontaneidad de la pelirroja.

—El teléfono que hay encima del escritorio —dijo señalando con el dedo la mesa— es para llamadas externas, pero también para comunicarse de manera interna. Marquen el cero y pregunten por mí a la señora Doyle.

—¿Su nombre? —se interesó Dulce, hablando por primera vez desde que se habían internado en el castillo.

El hombre, para sorpresa de las dos jóvenes, que eran quienes lo miraban, les guiñó un ojo e indicó:

—Su amiga ya lo sabe. —Cerró la puerta tras él sin darles más detalles.

## Capítulo 2



Zoe y Dulce se observaron confusas ante las crípticas palabras.

—Buffy...

—Mmm... —Miraba los libros que tenía entre las manos.

—¿Cómo sabes su nombre? —preguntó Dulce.

La pelirroja se sentó en el sillón que había tras el escritorio, dejando los libros sobre la superficie de madera.

—¿El nombre de quién?

Dulce suspiró y se acomodó en otro de los sillones, de menor tamaño, que había al lado de la chimenea apagada.

—El del mayordomo o lo que sea —precisó Zoe mientras apartaba a un lado las maletas, que habían dejado en mitad de la habitación.

—No tengo ni idea —exclamó sin levantar los ojos del libro que tenía ante ella.

—Buffy, ¿puedes prestarnos un poco de atención? —le reclamó Dulce.

Su amiga bufó con fuerza, pero al final hizo lo que le pedían.

—Es que acabo de encontrar una primera edición de *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen... —dijo a modo de disculpa.

Zoe puso los ojos en blanco y Dulce no pudo más que sonreír al ver la expresión de su amiga.

—Ya habrá tiempo para eso... —atajó la morena y se acercó hasta el escritorio—. El mayordomo de Maverick...

—No sabemos si es el mayordomo —comentó Dulce— ni si trabaja para Maverick —añadió a media voz.

Buffy y Zoe miraron a su amiga, pero ninguna comentó nada. Las pruebas eran demasiado evidentes y si lo único que necesitaba Dulce para convencerse era que el joven atravesara la puerta de la biblioteca, dentro de poco se convencería del todo.

—¿Qué ha dicho el hombre? —reanudó la conversación Buffy.

—Que tú sabías su nombre.

La pelirroja arrugó el ceño y fijó sus ojos azules en los marrones de su amiga.

—¿Yo?!

—Ajá...

Buffy se rascaba la cabeza tratando de pensar por qué había indicado eso el mayordomo, cuando una sonrisa nació en su rostro.

—No puede ser...

Dulce miró a la joven con interés.

—¿Qué no puede ser?

—Que haya adivinado el nombre —respondió entre divertida y eufórica.

—¿Has adivinado el nombre? —preguntó Zoe sorprendida.

Ella asintió.

—Cuando he entrado...

—Aj... No me lo recuerdes —comentó Dulce—. ¡Qué vergüenza! Creí que nos iba a echar de malos modos o que llamaría a la policía.

—Pero no ha sucedido. —Le guiñó un ojo travieso—. Además, bien que me habéis seguido las dos. —Las señaló con el dedo.

Zoe se quitó la chaqueta de cuadros que llevaba y la dejó sobre el sillón que había libre.

—No te íbamos a dejar sola en *tu* locura —indicó y la miró con los brazos cruzados—. Además, hemos venido las tres juntas. No podemos dejar que te encierren a ti sola.

Dulce sonrió, ampliando el gesto cuando escuchó hablar a la pelirroja:

—Es de agradecer.

—Somos amigas —señaló Zoe lo evidente y movió la mano—, y ahora, desembucha.

—A sus órdenes, amiga. —Se incorporó y se acercó a ellas, dejando la chimenea a su espalda—. En mi actuación, que por otra parte no podéis negar que ha sido una gran actuación...

—Buffy... —le reclamó Zoe con tono de reprimenda, tratando de que no volviera a desviarse.

Ella asintió y puso ambas manos en sus caderas.

—En mi perorata solté el único nombre que conocía de un mayordomo...

—¡¿Perdona?! —gritó Dulce levantándose de golpe—. Me estás diciendo que llamaste a ese hombre —dijo señalando la puerta cerrada— como te ha dado la gana, ¿y encima has tenido suerte y has acertado...?

Buffy asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Exacto.

La joven de cabello castaño levantó las manos al aire y las dejó caer a continuación.

—No me lo puedo creer... Si es que ha nacido con una flor en el culo.

Zoe se rio levemente, tapando su boca para evitar estallar en carcajadas por la situación.

—Ha funcionado, ¿no? —insistió Buffy.

Dulce atrapó su pequeña cruz de plata y comenzó a jugar con ella.

—No sé qué voy a hacer contigo... —rumió sin todavía dar crédito a lo que había sucedido.

—¿Y cómo se llama? —intervino Zoe.

Buffy sonrió y se encogió de hombros.

—Alfred.

—¿Alfred? —preguntó Dulce—. ¿Y a qué mayordomo conoces tú que se llame así?

La pelirroja se mordió el labio inferior y miró a sus dos amigas con repentina timidez.

—Al de Batman.

Zoe no pudo evitar estallar en carcajadas, y Dulce gruñó incrédula.

—Nos merecemos que hubiera venido la policía... —Se sentó sin fuerzas en el sillón.

—Eres una exagerada —la reprendió Buffy, pasando la mano por el cabello castaño de su amiga, y regresó al escritorio.

—Exagerada... —repitió en apenas un susurro, dejando caer su cabeza entre las manos.

—Dulce..., ¿estás bien? —se interesó Zoe, arrodillándose delante de ella.

—No lo sé... —musitó, mirando a los ojos de su amiga—. Esto me está sobrepasando.

—¿El qué? —la interrogó Buffy desde detrás del escritorio.

Dulce ni la miró. Se levantó de la silla y anduvo hacia el otro lado de la biblioteca, cerca de donde estaba la escalera de caracol.

—Mirad dónde estamos. —Pasó la mano con reverencia por la balaustrada de la escalera.

—En un castillo...

—Buffy... —la llamó Zoe, cortándola de golpe. Las dos chicas se miraron, haciendo gestos con los que mantenían una muda conversación, hasta que la pelirroja bufó y la morena devolvió la atención a la tercera en discordia—. Dulce, espera a que llegue Maverick. Seguro que todo tiene una buena explicación.

Ella miró a su amiga.

—¿Qué me va a explicar? —Movié la mano señalando el techo desde el que colgaba una lámpara de cristal que parecía muy cara—. He sido una tonta por creer que en unos pocos días puedes conocer a alguien... —Jugó con su trenza y agachó la mirada rendida—. Que puedes enamorarte de alguien.

Zoe acortó la distancia que la separaba de su amiga y atrapó sus manos.

—Ha sido real. —Dulce la miró con ojos esperanzados—. Lo vuestro ha sido real.

—¿Seguro? —preguntó sin apenas voz. Necesitaba que su amiga, la fiel Zoe que siempre tenía los pies bien anclados al suelo, que no se perdía en ilusiones vagas, le confirmara que lo vivido en Nueva York con Maverick no había sido un espejismo.

Ella asintió con firmeza.

—Más que real —afirmó—, y ha sido lo mejor que te ha podido pasar.

Arrugó el ceño algo confusa.

—¿Lo crees de verdad?

Posó una mano en su mejilla y sonrió.

—Mira lo que ha conseguido Maverick...

—¿El qué? —No entendía adónde quería llegar.

—Que vengamos a Dublín —indicó Buffy desde su silla.

Zoe, aunque sonrió al escucharla, negó con la cabeza.

—Que te presentaras al examen con algo increíble...

—El pastel de ángel estaba de muerte... Doy fe —indicó Buffy y se relamió con los ojos cerrados, como si todavía pudiera saborear el postre.

Dulce sonrió con timidez.

—Que fueras hasta el restaurante de tu profesor —continuó Zoe, sin hacer caso de las apreciaciones de su amiga, y atrapó de nuevo las dos manos de Dulce, ofreciéndole un apretón—, que encontraras el valor para presentarte allí a hacer lo que debías...

—Pero fue porque, por culpa de este viaje, era la única opción que me quedaba...

Zoe asintió.

—Sí, pero gracias a ello, has comenzado a valorar más seriamente lo del puesto en el restaurante, bajo las órdenes de uno de los grandes chefs de la ciudad.

—¿Te vas a quedar en Nueva York? —se interesó Buffy con rapidez.

Dulce sonrió con timidez.

Zoe miró a la pelirroja y le guiñó un ojo.

—Lo está valorando —repitió con tono cómplice—, pero gracias a Maverick puede estar más cerca esa realidad.

—Pero... por él... —musitó Dulce casi sin voz.

—Eeh... No. Eso no —soltó de forma brusca Buffy, levantándose de golpe para acercarse a ellas, repitiendo cada dos por tres esas palabras.

—Buffy... —la llamó Zoe.

—Ni Buffy, ni *Buffa*... —la cortó y atrapó las manos de Dulce, buscando que su amiga le prestara atención—. Si quieres trabajar con ese hombre tan importante...

—Chef de uno de los grandes restaurantes de Nueva York —especificó la morena.

—Lo que sea —señaló sin darle importancia—. Aquí el tema es si tú quieres ese trabajo, Dulce; no porque Maverick esté allí, en Nueva York, o no. No quiero oírte decir que ese trabajo era solo porque habías conocido a este chico y era una buena opción...

—No...

—Buffy...

—Porque tienes que dar ese paso por ti. Si te quedas en esa ciudad es por ti, en un trabajo que te gusta es por ti, y por nadie más. La vida nos puede sorprender a cada instante y lo que no podemos hacer es conformarnos con algo que no nos hará felices por alguien que hoy está aquí, pero mañana no sabemos lo que sucederá. El amor es muy bonito, pero es nuestra vida... —La señaló con el dedo—. Tu vida. Mereces ser feliz con lo que a ti te haga feliz.

Zoe se rio y Dulce sonrió.

La pelirroja las observó confusa.

—¿Qué sucede?

Zoe atrapó las manos de sus amigas.

—Dulce quería añadir algo, pero no la has dejado hablar...

Buffy miró los ojos negros que mostraban un brillo especial.

—Lo siento... —se disculpó sintiendo que sus mejillas enrojecían—. Creo que me he acelerado y...

Zoe la empujó levemente.

—Parece mentira que la más romántica de las tres sea la que tenga unas convicciones de independencia tan arraigadas.



Buffy se encogió de hombros.

—Me gustan los libros románticos, las historias con finales felices —explicó—, pero eso no quita que piense que hemos de buscar nuestro camino y que nadie debe coartarlo.

Dulce le dio un beso en la mejilla y otro a Zoe.

—Podéis estar tranquilas, porque, si al final acepto la propuesta de mi tutor, será por mí, porque quiero quedarme en Nueva York.

Buffy suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—Menos mal, solo de pensar en que debíamos buscar una nueva compañera de piso ya me estaban dando los siete males. Ahora ya existe la posibilidad de que te quedes...

Zoe y Dulce se carcajearon, acompañándolas de inmediato la pelirroja, para acabar las tres en un gran abrazo que rompieron en cuanto la puerta de la biblioteca se abrió y el chico que las había llevado hasta allí apareció tras ella.

## Capítulo 3



—Dulce... —la llamó Maverick en cuanto entró en la biblioteca.

No vio a nadie más. Sus ojos verdes se centraron en la joven que creía en Nueva York y que acababa de aparecer en su casa, en Dublín.

—Maverick... —lo saludó ella sin añadir nada más, y observó que el chico que había conocido hacía poco, pero que le había robado el corazón, mostraba una imagen bien diferente a la que la tenía acostumbrada.

Iba vestido con un pantalón de pinzas beis y una camisa blanca con todos los botones abrochados hasta el cuello; casi parecía que le impedía respirar. El cabello estaba peinado, sin ningún mechón fuera de su lugar, y no llevaba las gafas, por lo que Dulce dedujo que podía haberse puesto lentillas. De uno de sus brazos colgaba una chaqueta a juego con el pantalón y los zapatos negros estaban muy alejados de sus sempiternas botas.

—Hola, Maverick. —Buffy atrajo su atención, rompiendo el tenso silencio que acababa de posarse en el ambiente.

El joven parpadeó, se pasó la mano por el cabello, alterando el estricto peinado que llevaba, y observó a la pelirroja.

—Hola... —Se acercó al escritorio para dejar la chaqueta sobre la superficie de madera—. Alfred me ha informado de que habéis llegado hace poco.

—Sí, apenas unos minutos... —afirmó Zoe.

Él asintió y las miró. Las tres eran tan diferentes entre sí. Una espontánea, sin control en lo que decía o hacía; otra más prudente, controlando hasta el mínimo detalle; y la última, su Dulce, inesperada, atrevida en ocasiones y tímida en otras, delicada y valiente, una amalgama de sentimientos que habían terminado por conquistarlo y que había echado de menos... demasiado.

Buffy le sonrió, aunque su atención estaba puesta en los libros que ocupaban las estanterías.

Zoe también le regaló una sonrisa, pero esta, a diferencia de la de su amiga, era más comedida, y su atención estaba fija en Dulce, que, con la vista agachada, no hacía ningún movimiento ni le devolvía la mirada.

Cuando Alfred lo había avisado de la extraña visita que le esperaba en la biblioteca, había acudido primero confuso e intrigado hacia la habitación. Desconocía de quién podía tratarse, por más que su deseo se ajustara a la descripción del mayordomo; que, por otra parte, había sonreído mientras se lo explicaba más de lo que le tenía acostumbrado, y eso que lo conocía desde niño. Según se acercaba por el largo corredor y las conversaciones y las risas de las jóvenes le llegaron con mayor claridad, notó como se asentaba en su estómago una sensación extraña que se confundía con la

esperanza y el nerviosismo de que quizás, quizás... Dulce había podido coger un avión y presentarse en Dublín.

Cuando abrió la puerta y confirmó sus sospechas... Cuando sus miradas se encontraron y su corazón volvió a latir con la misma melodía que había olvidado en la ciudad de los rascacielos, el nerviosismo aumentó en su estómago y un nudo de intranquilidad se fue agrandando hasta conseguir robarle el oxígeno que tanto le había costado conseguir, tras las escasas palabras que habían compartido.

—¿Cuánto os quedaréis? —se interesó, fijándose en las otras dos chicas. Quizás, si no centraba su atención en ella, lograría parecer un ser humano y no un niño pequeño que temblaba, y que rezaba porque sus visitas no se percataran de ello.

—No lo hemos pensado todavía —le respondió Zoe.

—Estamos improvisando sobre la marcha —afirmó Buffy con verdadero entusiasmo, el cual contrastaba mucho con la tensión que volaba sobre sus cabezas.

—¿Y dónde os alojáis? —preguntó Maverick, escondiendo sus manos en los bolsillos del pantalón, para sacarlas de inmediato; no sabía muy bien qué hacer con ellas.

—Tampoco lo hemos decidido —volvió a hablar Zoe.

—Bueno..., eso tampoco es así —la corrigió Buffy, recibiendo un tirón de pelo que la hizo quejarse y atrajo todas las miradas de los allí presentes.

La pelirroja observó a la culpable de que en ese momento le doliera una parte de su cuero cabelludo: Dulce.

El joven no pudo evitar sonreír levemente, al ver el intercambio de miradas cómplices, e intentó descubrir lo que trataban de esconder.

—Buffy... —la joven pelirroja lo miró con rapidez—, ¿qué quieres decir?

Zoe observó a su amiga e hizo un gesto negativo con la cabeza.

Dulce avanzó un par de pasos más, hasta situarse cerca de ella, y le clavó su dedo índice en el estómago.

—No... Nada... —musitó alejándose de sus amigas.

Maverick amplió la sonrisa tras observar a las chicas y se pasó de nuevo la mano por el cabello. Se situó detrás del escritorio y, aunque no se sentó en la silla que últimamente ocupaba con demasiada frecuencia, sí posó sus brazos en el respaldo de piel y analizó la situación.

Se notaba que las tres estaban nerviosas, que ese viaje había surgido de un arranque de espontaneidad y que ninguna se había planteado qué hacer una vez llegaran a Dublín, tras encontrarlo...

Por una parte, su vanidad creció. Dulce estaba allí, delante de él, y había venido a su encuentro, aunque en ese instante estuviera seria y no hubiera vuelto a dirigirle la palabra desde su llegada... Ni una mera mirada. Pero, por otra parte, el temor a que no fuera el mejor momento ni el lugar para ese encuentro, por el asunto que lo tenía atado a esas tierras, tal vez complicara su relación y eso podía ser un problema... si todavía había algo entre ellos...

—Podrías quedaros aquí —dijo sin pensar, al mismo tiempo que una colleja invisible lo golpeaba. ¿Para qué había valorado las consecuencias, si luego no se hacía caso?

Dulce buscó con rapidez sus ojos en cuanto escuchó su ofrecimiento, pero no habló. No podía negarse que lo esperaba, pero también estaba preparada para lo contrario.

—¿No seremos una molestia? —preguntó la siempre precavida Zoe.

—No —indicó sin más, acompañándolo de un movimiento de cabeza negativo para dar énfasis—. En esta casa hay muchas habitaciones y mi madre agradecerá la compañía.

—Justo es eso lo que comentamos —intervino Buffy desde un lateral de la habitación, bien lejos de sus amigas—, que podríamos alojarnos contigo.

—Buffy... —la regañó Zoe, y Maverick no pudo más que volver a sonreír.

—Avisaré a Alfred para que os acompañe a vuestras habitaciones —señaló atrapando el teléfono del escritorio con rapidez, para evitar que se arrepintieran, y, pasados unos segundos, dio las órdenes pertinentes en las que remarcaba que tendrían invitados.

—Gracias... —señaló Zoe, con su maleta ya en la mano.

Él negó de nuevo, quitando importancia al tema, y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca, que no dudó en abrir para permitirles el paso.

—No siempre podemos contar con tan agradable compañía —dijo y las animó a que salieran al pasillo—. Además, como ya os he comentado, mi madre está deseando conocer a mis amigos. Siempre se queja de que no le presento a nadie, por lo que casi me habéis hecho un favor.

—Ves... Un dos por uno —indicó Buffy, saliendo de la habitación detrás de Zoe con su maleta—. Nosotras entretenemos a tu madre, y tú y Dulce compartís unos días románticones.

En cuanto escuchó a su amiga, la joven de cabello castaño sintió como sus mejillas enrojecían y deseó que el suelo se abriera bajo sus pies. ¿Cómo había sido capaz de decir eso? Debía tener una conversación muy seria con Buffy en cuanto llegaran a su habitación, en la que le pediría que, antes de hablar, pensara un poco..., solo un poquito. No era pedir mucho.

—Ah..., Alfred... —Maverick llamó al mayordomo, que acababa de aparecer ante ellos—. Acompaña a las señoritas a sus habitaciones. Ahora vamos nosotros —soltó y, ante un movimiento afirmativo del hombre mayor, cerró la puerta de la biblioteca delante de él y de Dulce sin darle opción a marcharse.

—Pero... —lo miró confusa—, ¿qué haces?

—Tenemos que hablar —respondió como si fuera algo evidente. Estaba nervioso. Temía ese momento, por su reacción, pero uno de los dos debía dar el paso y Dulce ya lo había dado al presentarse en su casa.

Avanzó hacia ella con paso firme, aunque por dentro estaba temblando, y la obligó a retroceder.

Dulce estuvo a punto de caer en un par de ocasiones, por culpa de la maleta que agarraba con demasiada fuerza, hasta que, pensando que podría acabar en el suelo, decidió abandonarla y así huir del joven que la ponía nerviosa.

El silencio los envolvió... Un silencio opresor, solo roto por la respiración de la pareja y los latidos de sus corazones, esos que habían recuperado el mismo ritmo que tan bien conocían de cuando estaban juntos.

—Estoy cansada —señaló ella a modo de excusa pasados unos segundos, porque la realidad era otra. Lo que menos le apetecía en ese momento era estar en esa habitación... a solas con Maverick.

—No te robaré mucho tiempo —le rogó, buscando su mirada; esa que lo rehuía.

Dulce asintió y se cruzó de brazos.

—Está bien. Hablemos.

Él la observó y se pasó inquieto la mano por el cabello. Ahora no sabía muy bien por dónde empezar.

—Creo que te debo una explicación...

—¿Crees? —le preguntó de manera brusca.

—Sí... No... —Se restregó la mano por la cara y suspiró—. Esto es muy complicado —se aventuró buscando su mirada de nuevo.

—Depende de cómo lo quieras exponer —dijo sin miramientos.

El joven observó su rictus serio y la tensión que irradiaba su cuerpo. No se lo iba a poner fácil y, en cierta forma, se lo merecía.

—Lo siento...

—¿Qué sientes, Maverick? —Intentó explicarse, pero ella se lo impidió—: Que no sepa nada de ti desde hace días, que me haya tenido que enterar por Izan de que has dejado la banda, el trabajo en el Seven, que no pensabas volver a Nueva York... —La fuerza de su voz se fue perdiendo según iba enumerando todo lo que la enojaba.

—Dulce... —Se acercó a ella, sin saber muy bien con qué intención, pero esta elevó sus manos, frenándolo.

—Sabes..., creo que este viaje ha sido un error —señaló más para sí misma que para que él la escuchara—. Hablaré con las chicas y nos marcharemos de inmediato. No quiero que nuestra presencia te incomode. —Atrapó su maleta y se dirigió a la puerta, pero Maverick la detuvo.

—No me molesta que estéis aquí —la contradijo, colocándose delante de ella sin tocarla—. Todo lo contrario... —Ella fijó sus ojos en los verdes de él y se encontró ese brillo tan especial que la había conquistado—. Por favor, quedaos..., quédate.

La joven atrapó su cruz de plata y la movió de lado a lado de la cadena, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Y tu familia?

Él arrugó el ceño.

—Por mi madre no hay ningún problema. Estará encantada de tener compañía... —Levantó su mano, con intención de apartarle de



la cara uno de los mechones castaños que se habían escapado de la trenza, pero Dulce esquivó el contacto, por lo que dejó caer el brazo sin fuerza. Cerró los ojos por unos segundos y expulsó el aire que retenía.

—¿Y tú? —se atrevió a preguntar tras el incómodo momento.

—¿Yo? —Buscó su mirada. No la entendía.

—Nos hemos presentado sin avisar, puede que tengas compromisos que atender y...

—Dulce, quiero que estéis aquí —la cortó mirándola a los ojos, esos que lo habían acompañado cada noche desde su llegada.

Ella asintió con nerviosismo, sintiendo la fuerza de sus iris verdes.

—Pero solo unos días... —cedió poco convencida.

Maverick asintió, le quitó la maleta, provocando que sus manos se rozaran por unos segundos, en los que sus miradas volvieron a encontrarse, y avanzó hacia la puerta.

—Te acompaño hasta tu habitación —afirmó sin esperar a que ella lo siguiera. Ya hablarían más adelante, cuando estuvieran las cosas más tranquilas y él pudiera explicarle lo que había sucedido, la razón por la que se encontraba en Dublín a pesar de no ser su elección.

## Capítulo 4



Dulce se encontraba sola en el dormitorio que le habían asignado. Un cuarto enorme para ella con una cama con dosel... ¡Con dosel! No sabía que eso seguía existiendo. Solo lo había visto en los libros de caballeros y princesas, y en el cine, y, desde el colchón donde se había tumbado nada más traspasar la puerta del cuarto, todavía alucinaba con cómo la delicadeza de la tela que componía esa parte de la cama podía ser tan bonita. La luz solar que se colaba por la puerta del balcón jugaba con los pequeños pájaros que adornaban la fina cortina, haciendo que pareciera que volaban de una flor a otra.

Suspiró y se incorporó levemente mientras observaba el resto del espacio.

Había una mesa circular vestida con un tapete blanco y azul, a juego con la tela del dosel. Tenía cerca dos sillas de madera y, aunque ella no era una entendida en el tema, podría asegurar, a simple vista, que no eran unos muebles de mercadillo.

Un jarrón con flores moradas, que envolvían con su aroma la habitación, presidía el lugar de honor de la estancia, encima de un pequeño aparador que había en la chimenea; y, gracias al gran espejo que colgaba de la pared con papel floral, parecía que el cuarto era más grande todavía. Si eso era posible... Un armario enorme, por supuesto, mucho más que el suyo propio, ocupaba otra de las paredes del dormitorio y en su interior, aunque había encontrado algo de ropa de cama y un par de vestidos que no se paró a inspeccionar, pudo meter su maleta sin molestarse en deshacerla. No tenía claro que quisiera quedarse, ni cuánto tiempo sería si eso sucedía, pero se lo había prometido a Maverick y... debían hablar.

Se levantó de la cama, de un colchón que de seguro no provocaría que la espalda le doliera al día siguiente, y se acercó hasta una puerta blanca cerrada que había cerca de la chimenea. Muerta de curiosidad por descubrir lo que se escondía tras ella, la traspasó y se encontró con su reflejo en un gran espejo de cuerpo entero. Junto a él había una bañera que se sustentaba sobre cuatro patas doradas que imitaban las de un león y que eran del mismo color que los grifos de diseño antiguo. El lavabo, situado al otro lado del espejo, seguía las mismas líneas y tonalidades, y un pequeño armarito, que no dudó en abrir, escondía varios cepillos, peines y útiles de necesidad íntima.

Se observó en el espejo, percatándose por primera vez del aspecto que tenía y pensó que un baño le vendría bien. Prefería una buena ducha, pero a falta de ella, seguro que esa bañera tan majestuosa podría quitarle de encima el cansancio que llevaba acumulado del viaje, y la intranquilidad que la había acompañado desde que Maverick dejó de escribirle.

Se sentó en el borde de la cerámica blanca y abrió los grifos, tratando de contrarrestar el agua caliente con la fría para alcanzar una temperatura adecuada. Jugó con los dedos, mojándolos bajo el agua que caía desde la fuente dorada, y dejó su mirada perdida en el fluir del transparente líquido, al mismo tiempo que se recriminaba su anterior comportamiento.

Debió hablar con Maverick cuando estuvieron en la biblioteca; debió escucharlo, dejar que se explicara y así poder valorar lo que había sucedido, pero no fue capaz. La situación, el viaje, sus silencios... Ese sitio... El castillo... Fueron más de lo que pudo soportar y estalló.

Las mentiras o, mejor dicho, la ausencia de la verdad, habían hecho mella en ella, pero si era sincera consigo misma, lo que la había hecho actuar así era el miedo. Nada encajaba con el Maverick que ella conocía..., que creía conocer..., y estar allí, tan cerca de él, evidenciaba la distancia que los separaba y el hecho de que en realidad no lo conocía...

No sabía quién era...

—Dulce, Dulce... —La voz de Buffy interrumpió sus pensamientos e instintivamente cerró los grifos, quitando el tapón que impedía que el agua se fuera por el desagüe. Tenía el presentimiento de que ese baño relajante se lo tendría que dar más tarde.

Salió del cuarto de baño y vio la cabellera pelirroja aparecer y desaparecer cada dos segundos, desde el pequeño balcón que poseía el dormitorio.

—Buffy —la llamó—, ¿qué sucede? —Salió al exterior y la luz del sol la cegó por un instante. Siempre había pensado que el cielo de esa ciudad sería gris y que haría frío, pero desde que habían

descendido del avión, la realidad la había golpeado con fuerza. El color y la luz eran una constante.

La pelirroja la miró haciendo un puchero.

—Lo siento...

Dulce no pudo evitar estallar en carcajadas al verla.

—¿Qué hago contigo?

Buffy le regaló una traviesa sonrisa y se encogió de hombros.

—Quererme.

La joven la abrazó y le dio un beso en la mejilla para, a continuación, sin soltarla, observar el paisaje que tenían enfrente.

—Ha sido Zoe, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres...

—Buffy...

—Vale, sí. —Se separó de ella y la miró a la cara—. No sabes la regañina que me ha echado por mi metedura de pata en la biblioteca. No me di cuenta... —Se golpeó la boca con la mano—. Es esta, que tiene una manía de hablar...

Dulce se rio de nuevo.

—Tranquila, pero...

—No volverá a ocurrir —afirmó llevándose una mano al corazón y la otra la elevó con la palma hacia arriba. Dulce asintió conforme—. O por lo menos lo intentaré...

—Buffy... —Le golpeó el brazo, moviéndola.

Se encogió de hombros y apoyó las manos en la barandilla.

—Esto es precioso —señaló cambiando de tema.

Dulce amplió la sonrisa y se fijó en el verde jardín, el camino que se perdía por los árboles y una pequeña cúpula que asomaba entre las ramas.

—Sí...

—Y tu habitación... —Silbó al mismo tiempo que desaparecía por el interior—. A nosotras nos han puesto en el mismo dormitorio. Tengo que compartirlo con Zoe. —Arrugó el morro como si le pareciera horrible la idea, aunque ambas sabían que eso no era cierto—. ¡Cómo se nota que eres la novia del dueño! —añadió sin pensar, girando sobre sus pies.

Dulce se apoyó en el marco de la puerta de la terraza y observó a su amiga. Envidiaba su despreocupación.

—¿Novia?

Buffy se detuvo y la miró.

—Perdona. He vuelto a meter la pata, ¿verdad? —Se acercó a ella y posó las manos sobre sus brazos.

Dulce negó con la cabeza con lentitud y le acarició la mejilla, para dirigirse a la cama a continuación.

—No sé lo que soy, Buffy —musitó—. En realidad, no sé si tuvimos algo...

Su amiga la siguió y se sentó a su lado en el colchón.

—Tener algo, lo tuvisteis —afirmó sin rasgo de duda.

—Solo dos días...

La pelirroja atrapó su mano.

—Dos días en los que compartisteis mucho más que otra gente que se conoce desde hace años —le rebatió—. Fue algo mágico. Tú misma lo viviste.

—Un sueño...

—Un sueño que se hizo muy real. —Le apretó la mano y se levantó, para mirarla de frente—. Que hay pequeñas cosas que no te contó... —Dulce movió su dedo índice haciendo un círculo y Buffy se rio—. Vale, está bien. Grandes cosas... pero eso no impide que lo que compartisteis durante ese tiempo fuera muy valioso. ¿Hay que conocerse más? Sí, pero para eso hemos venido, ¿no?

Dulce atrapó su cruz de plata.

—No sé muy bien para qué hemos venido —se sinceró.

La otra se arrodilló delante de ella y buscó su mirada.

—Para saber si eso que sientes, que crece aquí —le dijo señalando la zona en la que latía su corazón—, merece la pena y así confirmar que el amor a primera vista existe.

Ella le sonrió y le apartó los rojos rizos de la cara.

—Pensé que tú sí creías en ese enamoramiento instantáneo.

Buffy bufó y se dejó caer en el suelo.

—En los libros, sí, en la realidad... —la miró— solo conozco un caso.

—¿Uno?

Asintió y la señaló.

—Lo que tenéis Maverick y tú es especial. Solo debéis dejarlo macerar, que evolucione... Crecer a fuego lento como la levadura, para que, cuando esté bien cocinado, el tándem que hacéis esté de estrella Michelin.

Dulce se carcajeó.

—Pensé que aquí la cocinera era yo.

—Y lo eres —afirmó divertida—, pero vivir con una debe de ser contagioso.

Las dos se rieron a la vez, siendo solo interrumpidas por unos golpes en la puerta.

—Se os escucha desde el otro lado del pasillo —indicó Zoe nada más aparecer.

—Tampoco es algo malo —señaló Buffy incorporándose al mismo tiempo—. Mucho castillo, sirvientes y decoración ostentosa, pero el silencio es asfixiante.

Dulce no pudo evitar sonreír al escucharla, ya que ella también lo había notado.

—No vayas a comentarlo...

La pelirroja se acercó a Zoe y atrapó uno de sus brazos.

—No, tranquila. No quiero tener que soportar otra de tus regañinas. Cariño, cada vez te pareces más a tu madre...

Zoe la miró con la boca abierta.

—¿En serio? —preguntó.

—No...

—Sí —respondió Buffy al mismo tiempo que Dulce.

Zoe emitió un bufido de indignación, se soltó de su amiga y salió del dormitorio sin esperarlas.

—¿Qué pasa ahora?

Dulce se acercó a Buffy y la agarró de la mano para invitarla a seguir a la morena.

—Recuerda que me has dicho que pensarías antes de hablar...

—Lo sé y lo intento —afirmó—, pero... —Señaló la espalda de Zoe, que se alejaba de ellas a gran velocidad por el pasillo.

—Pues esta es una de esas ocasiones.

Buffy la miró y luego pasó su atención a la otra amiga.

—Aj... —Se soltó de Dulce y corrió hacia Zoe, pidiendo disculpas en voz alta.



## Capítulo 5



Dulce no sabía cómo llegar al salón donde las esperaban para comer. Alfred había dado a Zoe y a Buffy las indicaciones oportunas, y se dejaba guiar sin reparar en el corredor por el que iban o la habitación que cruzaban. Solo cuando pasaron varias veces por delante de la biblioteca y observó las miradas divertidas de un par de doncellas con las que se cruzaron supo que no le iba a sorprender que, en algún momento, apareciera el mayordomo buscándolas para conducir las hasta su destino... y así ocurrió.

Nada más dejar atrás uno de los retratos del que supuso que era un antepasado de Maverick, sobre todo por el nombre que figuraba al pie del cuadro, Alfred surgió de la nada.

—Señoritas, ¿les importa que las acompañe hasta el salón?

Buffy saltó de alegría y, para sorpresa de las otras dos amigas y del mayordomo, se colgó del brazo de este sin ninguna timidez.

—Por supuesto, Alfred... —Zoe y Dulce intercambiaron sonrisas—. Y ya que estamos, ¿le importaría aclararme una duda que

tengo?

—Claro que sí, señorita. Dígame...

—¿No tendrá alguna relación con los murciélagos?

Zoe y Dulce no pudieron evitar reírse al escucharla, y más cuando el hombre, con la mayor educación, le indicó que él no, pero que había cerca del castillo una cueva donde, si tanto interés tenía por esos mamíferos, podía acercarse a verlos.

Las dos chicas se miraron y, entre risas, avanzaron detrás de ellos.

—¿Estás bien? —se interesó por ella en apenas un susurro Zoe pasados unos segundos.

Dulce asintió y la agarró del brazo para acercarla a su lado y así poder confiarle:

—Algo confusa, pero bien... Tranquila.

La morena le dio un beso en la mejilla.

—Sabes que aquí estamos para lo que necesites. —Miró a Buffy, que seguía con su cháchara incesante, y devolvió la atención a Dulce—. Las dos.

—Lo sé... y os lo agradezco. Es solo que necesito tiempo...

—Y quedándonos aquí, no te lo estamos facilitando, ¿verdad?

Dulce le devolvió la caricia.

—Lo encontraré.

Zoe asintió conforme. Fue a añadir algo más, pero en ese momento se percató de que ya no oía a Buffy.

—¿Dónde están?

Dulce miró confusa el lugar donde debía de estar la pareja, ya que, al igual que su amiga, no había estado pendiente de lo que ocurría delante de ellas.

—Ni idea —afirmó—. ¿Llevas tu móvil? Yo he dejado el mío en la habitación, quizás si le damos un toque...

De pronto, la pared que tenían frente a ellas se movió, instante en el que se dieron cuenta de que, en realidad, se trataba de una puerta que, gracias a que poseía la misma decoración que el resto de la estancia, pasaba inadvertida.

—Señoritas..., las esperan. —Alfred no tardó en surgir tras ella.

Las dos jóvenes le regalaron una sonrisa y lo siguieron con rapidez, temiendo que, si se entretenían un poco más, no pudieran abrir aquella puerta tan peculiar, ya que, a primera vista, no observaron ningún picaporte.

—Tenía ganas de conoceros —dijo a modo de recibimiento una mujer mayor en cuanto se adentraron en el salón.

Era un poco más baja que ellas e iba vestida con una falda larga de cuadros verdes y azules y una blusa de corte antiguo, con un cuello bordado que le llegaba casi hasta la barbilla. El pelo blanco lo llevaba recogido en un moño alto y sus ojos verdes, de un color que Dulce conocía muy bien, las observaban con verdadero interés.

Las dos chicas le sonrieron, correspondiendo a su amable sonrisa, y advirtieron que Buffy ya estaba sentada a la mesa.

—Señora O'Connor, ¿servimos ya la comida? —le preguntó Alfred desde una esquina de la habitación, donde había una pequeña puerta abierta. Ninguna se había percatado de sus movimientos.

—¿Y mi hijo? ¿Tardará mucho en reunirse con nosotras? —se interesó, pasando su mirada del mayordomo a las dos jovencitas que, si en algún momento lo habían dudado, llegaron a la conclusión, por la conversación que mantenían ambos, de que se trataba de la madre de Maverick.

—Diez minutos...

Para sorpresa de los allí reunidos, la mujer se carcajeó y, sin titubear, se acercó a Zoe y a Dulce, se situó entre ellas y atrapó sus

brazos para animarlas a que se acercaran a la mesa.

—Creo que será mejor que empecemos. Últimamente, los diez minutos de Maverick se pueden convertir en una hora.

Alfred asintió al escucharla y, ante un leve movimiento de su cabeza, dos chicas, vestidas con uniforme negro y blanco, aparecieron portando sendas bandejas de comida.

—¿Qué preferís beber? —les preguntó la mujer una vez estaban ya acomodadas en la alargada mesa.

Buffy y Zoe estaban sentadas a ambos lados, enfrente la una de la otra, y Dulce cerca de la mujer, a la derecha de la cabecera.

—Agua estará bien —indicó Zoe, al mismo tiempo que Alfred le servía la bebida.

—Yo podría probar el vino...

La madre de Maverick se rio por la forma en la que habló Buffy, como si estuviera pidiendo permiso.

—Claro, corazón. —Movié la mano señalando a una de las chicas de uniforme, que de inmediato le puso una copa—. ¿Y tú? —le preguntó a Dulce, quien se mantenía en silencio, pendiente de la puerta por la que habían entrado, a la espera de que apareciera el culpable de sus nervios.

—Agua estará bien, señora...

La mujer posó una de sus ajadas manos sobre la de ella, interrumpiéndola.

—Nada de señora O'Connor. —Miró a sus invitadas y se volvió hacia Dulce—. Me llamo Erin.

—Yo soy Buffy —dijo la pelirroja con rapidez—. Ella es Zoe. —La señaló con la mano—. Y esta es...

—Dulce —terminó la mujer por ella.

Las tres chicas la miraron contrariadas.

—Sí, es Dulce —afirmó Buffy.

La madre de Maverick palmeó la mano de la joven que tenía cerca y, a continuación, tomó su copa de vino.

—Mi hijo me ha hablado de vosotras —les explicó, elevando la copa para brindar.

Ellas la imitaron y bebieron no sin antes compartir miradas confusas entre las tres.

—¿Ya habéis empezado? —preguntó Maverick apareciendo de pronto por la puerta del servicio.

—No sabíamos cuánto tiempo tardarías, hijo —le informó su madre, recibiendo de este un beso en la mejilla.

—Le dije a Alfred que solo me llevaría diez minutos la llamada que estaba haciendo... —indicó sentándose a la izquierda de la mujer y enfrente de Dulce.

—Y yo le informé de lo mismo, señor —indicó Alfred, sirviéndole vino en la copa.

La madre de Maverick chascó la lengua contra el paladar.

—¿Cuántas veces le has dicho lo mismo, y hemos acabado por comer el almuerzo frío?

El joven agarró una de las manos de la mujer y le dio un beso.

—No te enfades, madre. Tienes razón... —Fijó sus ojos en el rostro de Dulce—. Solo que no podía decepcionar una vez más a nuestras invitadas.

—¿Decepcionar? —preguntó su madre al mismo tiempo que cortaba un poco del *boxty* para llevárselo a la boca a continuación.

—Quería que tuvieran una buena imagen de la hospitalidad irlandesa —especificó sin apartar la mirada de la joven que tenía enfrente, la misma que comenzaba a sentir como sus mejillas enrojecían por el escrutinio.

—Eso por descontado —comentó la mujer sin percatarse de lo que sucedía a escasos metros de ella—. ¿Habéis probado la

comida? —preguntó a las chicas sin mirar a nadie en particular y bebió de su copa.

Buffy asintió al mismo tiempo que masticaba la carne, que, por el sabor, suponía que era ternera.

—Está buenísimo, Erin.

—Muy bueno —corroboró Zoe.

La madre de Maverick asintió complacida.

—Me alegro. La señora Doyle quiso prepararos un *cottage pie*...

—Una tarta hecha con una base de ternera picada y cubierta por puré de patata —explicó Maverick al ver la cara de Buffy.

Esta se relamió solo con la explicación.

—Suenan bien...

—Y mejor que sabe —afirmó Erin—, pero nos faltaban ingredientes, por lo que nos decantamos por este pastel de patata que se llama *boxty* —les explicó señalando la fuente que había cerca de ellas y que ya habían probado—, y por la *beef and guinness stew*. —Movié el tenedor hacia el plato de Buffy.

La pelirroja asintió pinchando de nuevo de su comida.

—Esto está de muerte...

La madre de Maverick se rio.

—¿Cuántos días os quedaréis? Me gustaría que probarais algunos de nuestros platos típicos y, Dulce —dijo dirigiéndose hacia ella de pronto—, Maverick ya me ha dicho que eres una gran cocinera, por lo que espero tu veredicto.

La joven bebió de su copa de agua, intentando tragar la carne que masticaba. Sentir que toda la atención de la mesa recaía sobre ella la había pillado por sorpresa y su cuerpo traicionero la delataba enrojeciéndole hasta las orejas.

—Seguro que todo está muy bueno —dijo al fin, cuando encontró el valor.

Erin asintió feliz de escucharla y buscó a Alfred con la mirada.

—¿Está preparado el postre?

—Sí, señora O'Connor.

La mujer movió la cabeza de manera afirmativa de nuevo y, cuando el hombre desapareció, buscó la atención de las chicas.

—Le he dicho miles de veces que me llame Erin, pero no consigo que me obedezca.

—Seguro que en la escuela de mayordomos se lo tienen prohibido —afirmó Buffy provocando que se rieran.

—Mira, hijo, eso no lo habíamos pensado. Necesitábamos otro punto de vista...

Maverick amplió su sonrisa.

—Ya te dije que eran especiales —indicó centrando su atención sobre Dulce.

## Capítulo 6



Dulce se encontraba otra vez en la biblioteca. Era el único lugar al que, al parecer, sabía llegar sin perderse por ese enorme castillo, y la habitación, con los libros y la decoración, le parecía acogedora.

Después de una comida extraña, donde la actitud de la madre de Maverick la terminó descolocando del todo debido a su trato familiar, y el escrutinio incesante de este mismo, terminó agotada. Menos mal que Zoe y Buffy se excusaron tras el postre, aduciendo que necesitaban descansar, y así pudo escabullirse con ellas a su dormitorio, sin dar demasiadas explicaciones.

Ellas la dejaron delante de la puerta de la habitación, con la promesa de que, si necesitaba algo, acudiera sin dudarle en su busca; pero un exagerado bostezo de la pelirroja y el gesto cansado de la otra, debido a las horas de vuelo, la hicieron cambiar de planes cuando, tras muchas vueltas en la cama, decidió que debía alejar su mente de esos ojos verdes que se le presentaban cada poco, y de



los sentimientos que habían surgido en la comida, y que la tenían alterada.

Había terminado allí, en la biblioteca, agradeciendo que en la habitación no hubiera nadie y que la chimenea estuviera encendida.

De inmediato se acercó a una de las estanterías, las mismas que le habían llamado la atención a su llegada, y buscó entre los diferentes títulos hasta que encontró el que buscaba: *La historia interminable*.

Con el volumen ilustrado en las manos, una rara edición cuya existencia Dulce desconocía hasta ese momento, se acomodó en uno de los dos sillones que había delante de la chimenea y se tapó con una manta de cuadros verdes y azules.

No tardó en dormirse.

El calor del fuego y el silencio, junto al cansancio acumulado y los nervios del día, fueron suficientes para que su cuerpo decidiera desconectar.

\* \* \*

La noche ya había caído cuando abrió los ojos. Se sentía algo desorientada y dolorida, al haber estado en la misma posición bastante tiempo. Se estiró todo lo larga que era, bajando las piernas del asiento, y se dio cuenta de que ya no tenía el libro. Se movió buscándolo, levantó la manta por si hubiera terminado debajo de ella, y acabó levantándose del sillón, pero no lo encontró.

—¿Has descansado? —La voz de Maverick le llegó desde el escritorio.

Dulce se volvió con rapidez hacia él, entre sorprendida y asustada, y se lo encontró observándola con gesto misterioso. Estaba sentado detrás de la mesa con el libro que había estado

buscando a su lado. Una única luz, la de la lámpara que había sobre el escritorio, estaba encendida. De no haber sido por el fuego de la chimenea, que ofrecía algo más de claridad, no hubiera podido apreciar que el joven llevaba las gafas de pasta negra con las que lo había conocido y una camiseta oscura muy alejada del estilo de esa mañana. Era como si el Maverick que la había acompañado en Nueva York hubiera regresado.

—Sí... —respondió con cierta timidez.

Él asintió, pero no dijo nada más.

Dulce cada vez estaba más nerviosa, sin saber qué decir o hacer, pero al mismo tiempo incapaz de abandonar la estancia.

—Dulce, yo...

—Maverick...

Los dos se callaron al mismo tiempo y se regalaron sendas sonrisas.

—Perdona, tú primero —la animó a hablar.

Ella negó con la cabeza.

—No es importante. Puedo esperar...

Maverick se levantó del sillón, provocando que ella retrocediera por puro instinto. Un movimiento que no le pasó desapercibido y que le hizo tensar la mandíbula.

—Sé que no quieres hablar, pero necesito explicarme, Dulce.

Ella atrapó sus manos por delante de su cuerpo y agachó la mirada.

—Lo sé, y yo también lo necesito —indicó nerviosa.

Maverick sonrió al escucharla y avanzó un par de pasos hacia ella, con temor de que volviera a rehuirlo. Pero no fue así, y eso le proporcionó el valor que necesitaba para continuar.

—Sé que debí avisarte —comenzó—. Debí contarte que lo que me había traído hasta aquí, hasta mi casa... —extendió los brazos

abarcando todo lo que les rodeaba— se estaba prolongando en el tiempo; que no sabía cuándo regresaría, pero que lo haría... —le señaló ya cerca de ella.

Dulce levantó la mirada al escuchar esa última parte y buscó sus verdes ojos.

—¿Ibas a regresar?

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Había dejado algo muy importante. —La tomó de la barbilla y dejó que su pulgar la acariciara.

—Pero... —su voz tembló.

—¿Por qué no lo hice? —preguntó por ella, recibiendo un movimiento afirmativo por su parte—. Porque tenía miedo de pedirte que me esperaras...

Dulce frunció el ceño.

—¿Por qué?

Maverick dejó caer la mano y se separó de su lado, dándole la espalda.

—Porque no era justo para ti...

Ella se cruzó de brazos. De pronto sentía como si el calor de su cuerpo la abandonara, sobre todo tras la lejanía del joven.

—No lo entiendo —confesó y buscó la manta con la que se había tapado cuando dormía, para echársela sobre los hombros.

Maverick se volvió hacia ella, mostrando la tensión que sentía su cuerpo.

—¿Cuántas veces hemos estado juntos? Dos... —respondió por ella—. No podía pedirte que dejaras tu vida aparcada, cuando no te podía asegurar una fecha concreta de mi regreso. Aquí me necesitan —indicó entre dientes—, y no podía volver a Nueva York, dejar sola a mi madre con lo que está sucediendo...

Dulce se acercó a él, impulsada por el dolor que observaba en su mirada, y atrapó sus manos.

—Y yo no te lo iba a pedir...

Maverick miró esos ojos negros y agarró su cara.

—Pero yo no soy tan valiente como tú... Soy más egoísta y, cuando me dijeras que no sucedía nada, que solucionara mis asuntos... —le acarició el rostro hasta terminar apoyando su frente en la de ella—, te rogaría que me esperaras, que no me sustituyeras por otro...

—No lo hubiera hecho —señaló en apenas un susurro, tan bajo que, de no haber estado solos en la habitación, él no lo habría escuchado.

—Ves... —Se apartó de ella, para mirarla a los ojos—. Eso es justo lo que no quería que sucediera, porque no sería capaz de obligarte a no hacerlo. —Le pasó la mano por el cabello, deshaciendo con los dedos su eterna trenza—. Y no es justo.

—¿¿Justo?! —preguntó subiendo un poco el tono.

Maverick asintió.

—Debes seguir con tu vida, debes...

Dulce chascó con la lengua, interrumpiendo lo que ella pensaba que era un discurso sin sentido.

—¿Crees que es más justo mantenerme en la ignorancia? ¿Que no me llames, no me escribas...?

Él se pasó la mano por el cabello y suspiró al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Lo sé. Soy un cobarde, pero...

—Más bien un gilipollas —le corrigió de golpe, provocando que Maverick la mirara con los ojos agrandados y ella se callara de golpe.

El silencio los envolvió, solo roto por el crepitar del fuego, hasta que la pareja comenzó a reír con timidez.

Maverick levantó su mano y movió los dedos, invitándola a que se le acercara de nuevo.

Dulce observó esos dedos largos y, aunque al principio pensó que no debía hacerlo, la necesidad de estar a su lado, de sentirlo otra vez cerca de ella, venció su poder de convicción.

Atrapó su mano y, de un tirón, acabó sentada encima de las piernas masculinas, los dos acomodados en uno de los sillones, enfrente de la chimenea.

## Capítulo 7



—¿Me podrás perdonar? —le preguntó a media voz, con la cabeza apoyada en su estómago, abrazando su cintura mientras sentía como sus dedos le acariciaban el cabello.

—Tardaré un poco, pero todo puede suceder —lo picó, consiguiendo que la mirara a la cara, momento en el que le regaló una sonrisa traviesa.

—¿Quieres hacerme sufrir?

Su sonrisa desapareció y negó con la cabeza.

—Tendría..., pero no puedo.

Maverick centró sus ojos en los de ella, en silencio...

Observó su rostro, sus cejas oscuras, su mirada..., la que decía tanto sin necesidad de hablar; descendió por la curva de su nariz hasta su boca, donde esos labios rosados lo tentaban, lo llamaban, le rogaban por ser besados.

Sus respiraciones se enlazaron en una cadenciosa danza, donde se buscaban y se alejaban, atraídos por la energía del otro.

Sus corazones unidos desde la distancia eran la banda sonora del momento que estaban compartiendo. Un latido..., dos seguidos..., un nuevo latido... Un ritmo parejo a su gemelo y que iba en aumento.

Posó la mano en su mejilla y ella inclinó levemente la cara, buscando ese contacto que había extrañado tanto, al mismo tiempo que cerraba los ojos.

—Te he echado de menos —le confesó sin poder evitarlo y Dulce, lejos de corresponderle, abrió los ojos de golpe y se levantó de su regazo.

Se acercó hasta el escritorio y se apoyó sobre la madera, dejando que sus manos atraparan el lateral de esta.

—Y si es así..., ¿por qué tu silencio?

—Dulce, ya te he explicado que...

Ella levantó su mano acallándolo.

—Sí, lo sé. Lo hemos hablado, te has explicado, pero... —Miró a su alrededor y observó las oscuras estanterías repletas de libros que, lejos de asustarla, la cobijaban—. ¿Por qué tuviste que marcharte? ¿Qué te ata aquí que ha provocado que dejes tu vida? A mí...

Maverick, que la observaba con verdadera devoción, dejó caer su cabeza hacia el respaldo y suspiró.

—Es complicado...

—Todo en esta vida parece complicado al principio, solo necesitamos comenzar a desenredar la madeja para encontrar una solución.

—No quiero aburrirte —le soltó para su sorpresa, levantándose del sillón y yendo hasta el otro lado de la habitación.

Dulce lo observó desde su posición y, a pesar de la oscuridad y de que le daba la espalda, se percató de que sus hombros estaban

caídos. Era como si en ese momento cargara con todo el peso del mundo sobre ellos.

Se acercó hasta él y le rodeó la cintura, apoyando su cara en su espalda.

—Estoy aquí. A tu lado... para lo que necesites.

Maverick se giró hacia ella y atrapó su cara para mirarla a los ojos.

—Algo bueno he tenido que hacer en esta vida para que me ofrecieran la posibilidad de conocerte, de encontrarte...

Ella sonrió.

—Aunque me haya presentado ante tu puerta sin avisar...

Él correspondió a su sonrisa.

—Sobre todo por eso —afirmó—. Me estaba volviendo loco, y verte ha sido... —No llegó a terminar la frase.

Dulce se puso de puntillas y atrapó su boca silenciando sus palabras.

Sus labios se reencontraron y un suspiro de satisfacción se escuchó en la habitación. Quién lo emitiera era lo de menos, ambos estaban deseando que se produjera. Volver a deleitarse con su sabor, dejar que sus lenguas se encontraran y sus bocas entablaran esa batalla donde ninguno iba a salir perdedor.

—Gracias... —le dijo cuando terminó la caricia.

—¿Por qué? —preguntó ella buscando el aire que le había robado el beso.

—Por esto... —Colocó ambas manos a cada lado de su cara, y posó su frente en la de ella con los ojos cerrados—. No sabía cuánto lo necesitaba hasta que me has besado... —La miró—. Y eso que, desde que entré en esta habitación y confirmé que estabas aquí, era en lo único que pensaba..., en besarte.

Dulce le ofreció una tímida sonrisa.



—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque pensé que me rechazarías...

—Quizás... No lo sé... —dudó, pero le dio un nuevo beso. Este más rápido; como si necesitara contradecir sus propias palabras—. Pero yo también estaba deseando besarte...

El joven se echó hacia atrás, para mirarla mejor, y la abrazó.

—¿En serio? —Ella asintió—. Nuestros temores nos alejan de lo que deseamos...

—Los miedos nos paralizan y pueden conseguir que veamos pasar la vida ante nosotros sin hacer nada —corroboró—. No lo permitamos, Maverick. No dejemos que nos aleje...

Él negó con la cabeza.

—Ahora que estás aquí, no lo permitiré —señaló con rotundidad—. No quiero perderme ni un segundo más de estar a tu lado, de sentirte, de acariciarte... —La besó con lentitud—. De saborearte —susurró con voz ronca.

Ella asintió conforme.

—Pero antes...

Maverick elevó una de sus negras cejas.

—¿Antes? ¿Qué puede haber más importante que nosotros dos? —se interesó colando sus manos por debajo del jersey de ella y palpando su piel.

Dulce se retorció divertida, ya que tenía muchas cosquillas.

—Maverick..., espera...

La llevó hasta la escalera de caracol y la tumbó sobre los escalones con cuidado.

—Creo que no puedo... —indicó al mismo tiempo que le subía el jersey y le daba besos en el estómago.

Ella insistió.

—Tenemos que hablar...

La observó con mirada retadora y dejó que sus manos ascendieran hasta sus pechos. Coló uno de sus dedos por debajo del sujetador y acarició el pezón enhiesto que lo esperaba ansioso.

—Podemos esperar... Solo necesito... —La besó—. Un minuto. —La besó de nuevo mientras jugaba con el pezón—. Necesito estar dentro de ti, que me cobijes con tu calor... Sentir tu cuerpo rodeándome... Acariciándote... Escuchar tus gemidos...

Dulce arqueó la espalda y abrió un poco más las piernas, permitiendo que su cuerpo se amoldara al de él. Sentía como en su estómago se agolpaba una sensación ya conocida, y sus bragas comenzaban a humedecerse solo de escucharlo.

—Maverick, no debemos... —Se mordió el labio inferior ante un pellizco en su pecho—. Aquí no...

Él siseó y llevó la otra mano hasta posarse por encima de su bajo vientre, haciendo presión por encima de su vaquero.

—Dime que no lo deseas y paro... —Bajó la cremallera y, tras deshacerse del botón, coló sus dedos por el interior de la lencería—. Dime que no quieres... —susurró, acercando su cara a la de ella justo cuando sentía el calor de su interior—. Dímelo...

Ella arqueó aún más la espalda al notar como esos dedos acariciaban sus pliegues vaginales y, con delicadeza, comenzaban a jugar con su brote inflado.

Un gemido se le escapó de entre los labios. Respuesta más que suficiente para que se intensificaran las caricias.

Maverick buscó la abertura que le provocaría más placer y ella volvió a morderse el labio cuando sintió la dulce invasión.

Los dedos entraban y salían de su interior. Primero con una increíble lentitud, una agradable tortura que llevaba a su dueña a retorcerse mientras disfrutaba de la misma. Después... después el

ritmo varió. La velocidad se incrementó y el cuerpo de la joven comenzó a reaccionar, reclamando más, mucho más...

La boca de Dulce se cernió sobre la de él, con la misma fiereza de lo que estaban compartiendo, y sus lenguas se encontraron en una lucha campal donde la pasión comenzaba a desbordarlos.

El fin estaba cerca... Un final deseado por ambos, por quien infligía el placer y por quien lo recibía.

Dulce se incorporó levemente, apoyó sus manos en los hombros de Maverick y comenzó a sentir como miles de escalofríos la recorrían de arriba abajo.

—Maverick...

—Mi amor... —la llamó y la besó justo cuando su cuerpo alcanzaba el éxtasis deseado.

Sus respiraciones aceleradas...

Sus miradas llenas de deseo...

Sus sonrisas cómplices y una satisfacción ansiada.

## Capítulo 8



Sin dejar de observarla, Maverick se sentó en el primer escalón.

Ella se recolocó y lo miró con timidez, cuando de pronto se dio cuenta del bulto de sus pantalones.

—Tú...

Él negó con la cabeza y tiró de ella, obligándola a sentarse sobre sus piernas. Le apartó el cabello de la cara y la besó de nuevo.

—Ya habrá tiempo... Tranquila. —Le acarició las mejillas y Dulce acabó apoyando la cabeza en su hombro.

El silencio se asentó de nuevo en la habitación, como un confidente de lo que la pareja acababa de compartir.

De pronto, alguien abrió la puerta de golpe, esta se precipitó hacia las estanterías cercanas y algunos libros aterrizaron en el suelo.

Dulce saltó levemente por la impresión y Maverick siseó para tranquilizarla.

—No pasa nada —trató de calmarla, y los dos miraron el hueco por el que se colaba la luz del pasillo.

Pasado un tiempo, en el que no escucharon ni vieron nada más, Dulce miró confusa a Maverick. Iba a comentarle algo, pero, justo en ese momento, un joven entró en la biblioteca, tropezando con todo y soltando improperios según avanzaba.

—Espera aquí —le pidió Maverick, moviéndola hacia un lado para poder incorporarse.

Ella atrapó su mano antes de que se alejara.

—¿Estarás bien?

Él solo asintió y le dio un breve beso antes de acercarse al recién llegado.

—Aidan... —Dulce escuchó como le llamaba—. ¿Te encuentras bien?

El mencionado se dio la vuelta hacia Maverick y le ofreció un gesto hosco.

—Hermanito..., ¡qué agradable verte! —le indicó con ironía mientras se apoyaba en el escritorio, tirando un par de libros por el camino, y resbalando al mismo tiempo, lo que provocó que Maverick lo sujetara para impedir que cayera al suelo.

—Te acompaño a tu habitación —le señaló tras ver como se deshacía de su agarre con agresividad.

Aidan lo miró de arriba abajo con desprecio y, sin hacerle caso, se dirigió al globo terráqueo. Abrió la parte superior y tomó una botella de cristal, le quitó el tapón y vertió su líquido ambarino en un vaso que también había dentro de esa Tierra de madera.

—Si yo fuera tú, no bebería más —le sugirió Maverick.

Aidan se tragó de golpe el líquido que se había servido y rellenó el vaso de nuevo.

—Menos mal que no eres yo... —dijo con mordacidad y se sentó en uno de los sillones que había delante de la chimenea.

Justo en ese instante, y gracias a la luz que proporcionaba el fuego, Dulce pudo vislumbrar algunos de los rasgos del rostro del que acababa de descubrir que era hermano de Maverick.

Con la espalda más ancha y los brazos más musculosos, a juzgar por cómo la camisa se le ajustaba al cuerpo, observó que tenía el cabello más largo por arriba que por abajo, dejando libre el cuello, y algunos de sus mechones caían sobre su arrugada frente. La tensión era palpable en esa zona de la cara, pero, por si eso no fuera suficiente, el rictus serio de su boca y la forma en que sostenía el vaso de licor que apoyaba sobre el brazo del sillón remarcaban el carácter del joven.

La nariz la tenía algo torcida y, por lo que pudo apreciar, una cicatriz le cruzaba la mejilla, que llevaba sin rasurar.

—¿No piensas acostarte hoy? —le insistió Maverick acercándose hasta donde se encontraba.

—Quizás más tarde...

—Cuando salga el sol, dirás —le señaló de forma brusca.

El joven que estaba sentado bebió y se apartó el cabello de la cara sin responder.

Maverick gruñó de impotencia. La actitud de su hermano lo sacaba de sus casillas, y estaba pudiendo con él. Era la lucha diaria que tenía desde que había llegado a Dublín.

Fue a hablar de nuevo, sabiendo de antemano que acabarían discutiendo, ya que era lo mismo cada noche, cuando un movimiento desde la escalera le recordó que no estaban solos.

—Dulce... —Estiró el brazo y la invitó a acercarse.

Aidan reaccionó con interés por primera vez al escucharlo. Lo miró con curiosidad y luego siguió la dirección de su mano,

comprobando que de la esquina de la habitación, donde estaba la escalera, surgía una joven que no conocía.

—¿Quién es? —preguntó borde.

Maverick atrapó la mano de ella y se dirigieron hacia la puerta, que seguía todavía abierta.

—Una invitada —aclaró sin mirarlo.

—¡¿Una invitada?! —exclamó de repente, levantándose de golpe y tirando el vaso con licor al suelo por el camino. No se molestó en recogerlo. Ni siquiera se inmutó ante el estropicio que estaba ocasionando la bebida sobre la alfombra.

Maverick se detuvo y miró a la chica pidiéndole comprensión con los ojos.

—Me marchó a mi habitación —le indicó Dulce en voz baja, sin dudarle un segundo, y le dio un beso, recibiendo un apretón en la mano a modo de agradecimiento.

En cuanto comprobó que la joven desaparecía por el pasillo, cerró la puerta de la biblioteca y se volvió hacia su hermano.

—Sí, una invitada.

Aidan se carcajeó, pero en su risa no había ninguna alegría.

—¿Qué pasa? Ahora que eres quien controla los negocios, has decidido traer a tus amiguitas...

Maverick tensó la mandíbula. No le gustó nada lo que insinuaba.

—No te pases...

—¿O qué? —lo retó, yendo de nuevo hacia el mueble bar que simulaba un globo terráqueo. Se sirvió una copa más, ignorando el vaso que se le había caído, y miró a su hermano—. ¿Qué vas a hacer? Te recuerdo, hermanito, que nunca me has ganado en una pelea...

—Porque éramos unos niños. Si quieres, probamos... —Se remangó las mangas de la sudadera.

Aidan se rio de nuevo.

—Ahora te pones gallito... Ahora que no está tu amiguita para exhibirte. —Negó con la cabeza y sonrió con una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Muy mal, hermanito. Muy mal. No tienes ni idea de cómo se hace para que una mujer se meta en tu cama...

Maverick acortó la distancia que los separaba y, a pesar de que su hermano le sacaba dos cabezas, atrapó su camisa y lo enfrentó:

—Dulce no es una... *amiguita* —escupió—. Es especial para mí, y, al igual que sus amigas, se alojará unos días en el castillo, por lo que espero que les muestres algo de la educación irlandesa que nos enseñaron nuestros padres.

Aidan le apartó la mano con la que lo agarraba y le regaló un gesto que simulaba una sonrisa, pero apenas se le acercaba.

—No te preocupes —se retrajo—. Sé comportarme...

Maverick se subió las gafas y asintió, para, a continuación, regresar a la puerta, que abrió.

—Eso espero... —indicó—. Aunque, si no nos brindas tu compañía, como llevas haciendo desde que llegué, te lo agradeceremos. Hacía mucho que no escuchaba la risa de nuestra madre, y no quiero que, con tu presencia, vuelva a apagarse.

Aidan apretó con fuerza el vaso que sostenía.

—Ya te he dicho que no te preocupes —repitió de manera seca—. No quiero que mis problemas os afecten...

El joven de gafas se volvió hacia él y, antes de cerrar la puerta, comentó:

—Ya lo han hecho.

Un vaso se estrelló contra la lisa madera en cuanto Aidan se quedó solo en la biblioteca. Se dejó caer sobre uno de los sillones, sin fuerzas, y escondió la cara entre las manos.



## Capítulo 9



Dulce salió del cuarto de baño atraída por unos golpes en la puerta de su dormitorio. Se acercó hasta ella y, dudando sobre quién podría encontrarse al otro lado, la abrió.

—Buenos días... —la saludó Zoe.

—Has tardado —indicó Buffy y entró en la habitación sin esperar una invitación.

—Estaba en el aseo...

—Lo ves... —La pelirroja miró a la chica con la que compartía cuarto—. Te dije que podíamos entrar en su dormitorio sin tantas ceremonias, que no la íbamos a molestar.

Zoe puso los ojos en blanco y se sentó en una de las sillas que había cerca de la mesa redonda.

—No puedes pretender entrar en la habitación así, sin más, Buffy —la reprendió una vez más—. ¿Y si estaba acompañada?

Esta se tiró sobre la cama y observó el techo del dosel, donde un par de pájaros le devolvían la mirada.

—Pero no lo estaba —se justificó.

—Pero podía haberlo estado —insistió la morena—. ¿A qué sí? —le preguntó a Dulce, que seguía cerca de la puerta, observando con una sonrisa la conversación de sus amigas.

Ella se agarró el cabello húmedo, que llevaba todavía suelto, porque no hacía mucho que se había dado un baño, y asintió sin decir nada más.

—Ves... —saltó Zoe, devolviendo la atención a Buffy—, podría haber estado con alguien.

La pelirroja se incorporó y centró su mirada en Dulce, que mostraba una sonrisa bobalicona en su rostro.

—Tú te has reconciliado con Maverick —indicó, colocándose en la cama para verla mejor.

Zoe arrugó el ceño al principio, confusa por la dirección hacia la que se dirigía la conversación, cuando de pronto se dio cuenta de lo que había visto su amiga.

—Dulce... —la llamó curiosa—, ¿tienes algo que contarnos?

La joven de cabello castaño se encogió de hombros y caminó hacia el servicio para recoger su cadena de plata con la cruz, que se había quitado antes del baño.

Las dos amigas la observaron, compartiendo miradas cómplices, pero, antes de insistir de nuevo, esperaron, de mutuo acuerdo, a que ella regresara.

Dulce no tardó en aparecer en la habitación. Llevaba una toalla pequeña en la mano e intentaba secarse el pelo, que todavía notaba demasiado mojado.

—¿Cenasteis anoche? —les preguntó, cambiando de tema deliberadamente; sabía que las dos estaban ansiosas por que les explicara lo que sucedió con Maverick.

Zoe asintió.

—Vinimos a buscarte, pero no estabas en la habitación y pensamos que ya aparecerías en el salón.

—Erin os esperó un poco, a Maverick y a ti —añadió con retintín—, pero al comprobar que os retrasabais demasiado, decidió que comiéramos sin vosotros.

Dulce movió la cabeza de manera afirmativa.

—Cuando llegué a la habitación, me encontré con una bandeja con algo de cena. —Señaló con la mano los platos que descansaban sobre la mesa.

—Fue cosa de Alfred —indicó Zoe.

—Ese hombre es un tesoro —comentó Buffy—. Si no fuera tan mayor, podría plantearme pedirle matrimonio.

Las dos chicas miraron a su amiga con la boca abierta, esta les sacó la lengua y las tres estallaron en carcajadas.

—A veces no sé cuándo hablas en serio o en broma —dijo la morena, limpiándose una lágrima que se había escapado de sus ojos.

Buffy se tumbó de nuevo en la cama y comentó:

—En esta vida es importante no tomarnos en serio, Zoe. —La miró de lado—. Si no, perderíamos lo más bello de la misma.

—¿El qué? —preguntó la aludida.

—Vivir —dijo sin más, dejando sin palabras a sus dos amigas—. Y ahora —continuó incorporándose de nuevo para ver mejor a las chicas—, ¿nos lo vas a contar o no?

Dulce, que estaba cerca de la chimenea y tenía enfrente a la pelirroja, se sentó en el suelo.

—Está bien... Sí, sucedió algo, pero todavía no tengo muy claro en qué situación estamos.

—¿Y eso? —se interesó Zoe.

Dulce tocó su pequeña cruz de plata.

—No hablamos de las razones que lo han traído hasta aquí.

—Pero ¿porque él no quiso? —insistió la morena.

Dulce asintió, pero, a mitad de camino, negó con la cabeza y, al final, suspiró.

—No sé... Es que al final nos enredamos con otra cosa y...

—¿Os enredasteis? —preguntó Buffy con un tono de voz peculiar.

Las mejillas de Dulce enrojecieron de golpe.

—Nos distrajimos... —confesó.

La pelirroja se rio y Zoe sonrió feliz de comprobar que el estado de su amiga había cambiado.

—Y después de esa «distracción» —dijo Buffy moviendo los dedos índice y corazón simulando unas comillas—, ¿no pudisteis hablar?

Dulce sonrió ante los gestos de esta y negó con la cabeza.

—Nos interrumpieron...

—¿Antes o después de vuestro enredo? —interrogó divertida, pero levantó su mano, como si acabara de tener una idea, y añadió —: ¿O en medio?

Dulce dejó caer su cabeza sobre las rodillas, suspirando.

Zoe, aunque no quería reírse, no pudo evitar que se le escapara una carcajada.

Y Buffy amplió su sonrisa, orgullosa de su ocurrencia, e insistió:

—¿Y bien?

La protagonista de la conversación la miró por entre los dedos que le tapaban los ojos y confesó:

—Después...

Buffy aplaudió al escucharla.

—Eso está bien. Ya era hora de que le dieras una alegría al cuerpo.

Zoe se levantó de la silla y se sentó cerca de Dulce, en el suelo.

—¿Qué pasó?

Esta la miró y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Algo extraño... —les indicó y se quedó callada, tratando de buscar las palabras exactas para explicar lo que había vivido.

Buffy se bajó de la cama y fue a su lado, acomodándose enfrente de las otras dos chicas.

—¿Su madre?

Dulce negó con la cabeza.

—Su hermano.

—¿Maverick tiene un hermano? —preguntó Zoe sorprendida.

Dulce asintió.

—Se llama Aidan y llegó... —dudó— borracho.

—Bueno, a cualquiera se nos puede subir la bebida en un momento u otro... Sobre todo, si vienes de una gran fiesta. —Buffy buscó una justificación.

Dulce volvió a negar con la cabeza y atrapó su cruz.

—Entró en la biblioteca de forma brusca, arramblando con todo... Tiró libros y, si no hubiera sido por Maverick, se habría caído al suelo de la cogorza que llevaba.

—¿Tiró los libros?! —exclamó la pelirroja indignada.

—Buffy... —Zoe la reprendió, pidiéndole con la mirada que dejara hablar a su amiga.

—Perdón... Continúa.

Dulce se pasó la mano por el cabello y miró por encima de la roja cabeza, como si buscara algo de lo sucedido la pasada noche, que se le escapaba.

—No llegaron a discutir...

—¿Maverick y él? —interrogó Zoe.

Ella asintió.

—Pero se podía sentir la tensión que los envolvía... De pronto era como si la temperatura de la habitación hubiera descendido varios grados y ni siquiera el fuego de la chimenea lograba derretir los témpanos de hielo que crecían entre ellos —explicó, recordando que el calor que había sentido en brazos de Maverick se había evaporado con la llegada de su hermano—. Aidan le hablaba con brusquedad, como si el mundo le debiera algo...

—¿Y? ¿Qué sucedió? —curioseó Buffy.

—Nada... Bueno... Todo —indicó sin saber muy bien qué decir—. Aidan no paraba de beber y Maverick trató de acompañarlo a su habitación, pero era como si se golpeará contra una pared.

—Entonces, podemos decir que el hermanito no te dio una buena impresión, ¿no? —preguntó Zoe.

Dulce movió la cabeza de lado a lado.

—No sé...

—Sabiendo que tiró sin preocupación libros al suelo, no sé cómo dudas —comentó Buffy levantándose del suelo.

Zoe la imitó y le ofreció una mano a Dulce para ayudarla a incorporarse.

—Es algo que vi en su semblante... —señaló más para sí que para ellas.

—¿Que es un imbécil? —tanteó Buffy.

Ella negó con la cabeza y siguió a sus amigas fuera del dormitorio.

—No, vi tristeza, dolor...

—Por lo que dices —se aventuró Zoe—, podemos presuponer que su hermano es el causante de que Maverick esté aquí.

Dulce se sujetó al brazo de la morena y asintió.

—Puede... Trataré de hablar con Maverick más tarde.

Zoe movió la cabeza de manera afirmativa y Buffy se giró hacia ellas para mirarlas mientras caminaba.

—Por mi parte solo pienso en llegar al salón y desayunar. Anoche, Erin dijo que la señora Doyle prepararía algo sorprendente.

—No sé cómo puedes comer tanto con lo delgada que estás — comentó Zoe.

Buffy se encogió de hombros y se giró de nuevo, para evitar caerse.

—Los nervios que llevo por dentro, que son como pirañas y todo lo que meto al estómago se lo zampan sin dar oportunidad a las calorías a que se asienten en mis caderas ni en mi trasero.

Dulce se rio y Zoe la acompañó de inmediato, tras observar la palmada que Buffy se dio en esa parte de su cuerpo.

## Capítulo 10



—Buenos días, chicas —las saludó la madre de Maverick en cuanto aparecieron en el salón.

—Hola, Erin. —Buffy le dio dos besos y se sentó a la mesa, en la que ya estaba dispuesta la vajilla.

—¿Habéis dormido bien? —se interesó la mujer.

Zoe asintió e imitó a su amiga, con el mismo gesto de cariño.

—Mejor que bien —afirmó—. No sé si ha sido el colchón, el silencio o las horas del viaje, pero he caído muerta en la cama.

—Lo puedo garantizar —indicó Buffy—. Tus ronquidos son prueba de ello.

—Yo no ronco —se defendió la morena.

—Pues menos mal —atajó la otra provocando que la madre de Maverick se riera.

—Buenos días, Erin —le indicó Dulce con un comportamiento más tímido que el de sus amigas.



La mujer atrapó su brazo sin dudarle y la acompañó hasta la mesa.

—Espero que mi hijo y tú hayáis solucionado vuestros problemas —le dijo dejándola con la boca abierta.

Buffy casi se atragantó al escucharla.

Zoe la miró sorprendida.

—Sí... más o menos —indicó Dulce a media voz, bajando la mirada.

Erin le palmeó el brazo y asintió conforme.

—Me alegro. Por lo que Maverick me ha contado, sé que eres especial y no me gustaría que lo vuestro terminara. Él era feliz hablando de ti —le explicó, aclarando algunas de sus dudas— y, ahora que estás aquí, es como si hubiera vuelto a ser el de siempre.

Dulce sonrió con timidez. No sabía muy bien qué decir.

—Madre, ¿qué le estás contando a Dulce? —Maverick se acercó a ellas apareciendo de pronto. Le dio un beso en la mejilla a la mujer de avanzada edad y a la joven en los labios.

Buffy comenzó a toser con fuerza, atrayendo la atención de Alfred, que acababa de aparecer por la puerta del servicio y la golpeó en la espalda.

Zoe sonrió ante el gesto.

Dulce sintió como su cara adquiría un rojo chillón. La temperatura de su cuerpo aumentó y, sin saber muy bien qué hacer, se sentó en la silla que tenía más cerca.

—Nada, solo la verdad...

Su hijo, que volvía a vestir con un pantalón de pinzas y una camisa azul claro, se puso un café y se acomodó al lado de la joven, que seguía tan roja como un tomate.

—¿La verdad? —preguntó sonriendo a Dulce, un gesto que mostraba lo mucho que estaba disfrutando con la confusión de la

chica.

Erin se sentó en la cabecera de la mesa, ocupando el mismo lugar que el día anterior, e hizo un gesto a Alfred para que le sirviera su té.

—Que la has echado de menos.

Maverick tomó la mano de Dulce y le dio un beso.

—Mucho —afirmó mirándola a los ojos.

Ella sintió que enrojecía todavía más, si es que eso era posible.

—Sabes, Dulce... —reclamó su atención la mujer—, al padre de Maverick y a mí nos sucedió lo mismo que a vosotros.

—¿Disfrutaban de la soledad de la biblioteca? —soltó Buffy, recibiendo de Zoe una patada por debajo de la mesa.

—Fue amor a primera vista —continuó la mujer, como si no hubiera escuchado a la pelirroja.

—Mamá, la estás agobiando... —Maverick le apretó la mano que tenía agarrada, tratando de calmarla.

—Oh..., perdona —se disculpó corriendo—. A veces hablo sin darme cuenta...

—No, no pasa nada —se apresuró a tranquilizarla Dulce.

—Ya estamos acostumbradas —añadió Zoe mirando a Buffy, quien, de pronto, bebía de su café como si estuviera sedienta.

—No quiero importunarte —continuó la mujer.

Dulce posó una de sus manos sobre la de ella.

—No lo ha hecho —insistió—. Me gustaría mucho saber cómo se conocieron su marido y usted.

Los ojos verdes de la mujer la observaron agradecidos.

—¿Seguro? —Dulce asintió—. Mira que no quiero aburrirte...

—Y te aseguro que puede conseguirlo —interrumpió Aidan entrando en el salón.

—Hijo..., no te esperábamos...

El joven se acercó hasta ella y le dio un beso en la mejilla, no sin antes dejar caer su mirada sobre su hermano.

—Yo tampoco.

Erin movió la mano hacia Alfred y, en unos segundos, se dispuso un juego de desayuno en la mesa para el recién llegado.

—Chicas, no sé si conocéis a Aidan. —Miró a sus invitadas y luego dejó caer sus ojos sobre el mencionado—. Mi hijo mayor.

—No, es un placer —comentó Zoe, mirándolo.

El joven ni se molestó en mirarla. Agarró la taza que tenía enfrente y bebió del café que le acababa de servir el mayordomo.

—Algo hemos oído... —indicó Buffy de manera mordaz.

Aidan se giró esta vez hacia ella, dejando que su mirada observara a conciencia el rostro de la pelirroja que tenía sentada a su lado.

—Espero que cosas malas...

Ella gruñó a modo de respuesta y lo ignoró, arrancándole una carcajada que resonó en la silenciosa habitación.

De pronto, los allí reunidos estuvieron más pendientes de lo que acababan de presenciar que de sus propios desayunos.

—Bueno, y ¿qué vais a hacer hoy? —La madre de Maverick miró a las chicas mientras comenzaba a untar con mantequilla un panecillo.

—Pensábamos explorar un poco la zona —respondió Zoe.

—O ir a la ciudad —comentó Buffy.

—En la ciudad no hay nada interesante —la increpó Aidan.

—Quizás no pensemos lo mismo —le contestó esta de inmediato.

El joven se rascó el mentón y le regaló una sonrisa prepotente.

—Tal vez no, pero es interesante descubrirlo.

La pelirroja volvió a gruñir y se levantó de la mesa.

—Me voy a mi dormitorio...

—Buffy, espera a que termine la tostada y me marcho contigo —  
le pidió Zoe, deteniéndola.

—¿Buffy? ¿Te llamas Buffy? —preguntó Aidan divertido.

Ella se volvió hacia él con los brazos en jarras y soltó:

—Sí, ¿algún problema?

Le mostró las palmas de las manos hacia arriba.

—No, ninguno. —Pero su sonrisa mordaz no acompañaba a sus  
palabras.

Ella bufó con fuerza.

—Zoe, te espero en la habitación —le indicó y, sin esperar  
respuesta, salió del salón.

Erin miró a su hijo con cara de enfado.

—Aidan...

El joven se levantó y le regaló una inocente sonrisa.

—No he hecho nada.

La mujer negó con la cabeza.

—Debes comportarte con nuestras invitadas —le sugirió.

Él le dio un beso en la mejilla y le guiñó un ojo.

—Madre, ya tengo edad suficiente para que me vengas ahora  
con regañinas —le indicó y se dirigió hacia la puerta del servicio.

—Aidan... —lo llamó Maverick.

Este se volvió y lo miró con gesto cansado.

—¿Sí, hermanito...?

—¿Tú qué vas a hacer?

Su hermano mayor mordió el cruasán que llevaba en la mano y  
se encogió de hombros.

—Trabajar, ¿qué si no? —Y se marchó.

—¿Trabajar? —preguntó incrédula su madre.

Maverick se levantó con rapidez, arrastrando la silla en su  
camino, y salió detrás de él.

—Os veo luego —fue lo único que dijo.

En el salón ya solo quedaban las tres mujeres.

Erin seguía untando mantequilla en el mismo panecillo, mientras Zoe y Dulce compartían miradas. La primera no tardó en levantarse, al comprender lo que su amiga quería que hiciera.

—Será mejor que vaya a buscar a Buffy...

La otra chica le ofreció una sonrisa agradecida y, cuando se quedó a solas con la madre de Maverick, le arrebató el cuchillo y el pan sin dudarlo ni un segundo.

Erin la miró confusa.

—Pero...

Dulce atrapó sus dos manos y se inclinó hacia la mesa, en su dirección, buscando una mayor intimidad.

—¿Se encuentra bien? —se interesó, preocupada por su comportamiento.

La mujer hizo el ademán de asentir, pero en el último momento expulsó el aire que retenía en su interior, desbordada por la situación.

—No está bien que te agobie con mis problemas... —Le palmeó una de sus manos y se levantó—. Eres mi invitada, Dulce.

Esta la siguió, acercándose al enorme ventanal desde el que podían ver una gran fuente en mitad de una pradera verde.

—Erin, pero también soy la mujer que ama a su hijo, y si algo le preocupa a su madre y puedo ayudarla a solucionarlo, o a sobrellevarlo de la mejor manera... —Enfrentó su mirada verde, queriendo enfatizar sus palabras—. Estoy aquí para lo que necesites —dijo tuteándola.

Erin sonrió.

—¿Quieres a Maverick?

Dulce se dio cuenta de lo que había dicho.

—Sí... —asintió y enrojeció.

Erin amplió su sonrisa y le acarició una de esas mejillas sonrojadas.

—No sabes lo feliz que me hace escuchar eso... —Regresó a la mesa y ocupó de nuevo la misma silla—. Maverick temía que, al haber compartido pocos días, al no haber dejado crecer vuestro amor, no confiaras en lo que sentíais...

Dulce la observaba desde el ventanal con los brazos cruzados.

—¿Le dijo eso?

Ella asintió.

—Y mucho más —confesó divertida, provocando que la rojez de las jóvenes mejillas se ampliara y Erin se carcajeara al percatarse—. Eres tan dulce como tu nombre... —La animó a sentarse a su lado.

Dulce hizo lo que le pedía.

—Fue extraño, porque nunca había sentido nada igual, pero... —cerró los ojos como si recordara el momento— cuando nuestras miradas se encontraron...

—Fue como un estallido —afirmó la mujer—, como si de repente todas las piezas de tu vida, esos episodios por los que has ido pasando, cobraran sentido y respiraras de nuevo.

Ella asintió.

—Sí..., así fue. —No podía estar más de acuerdo—. ¿Cómo lo sabes?

Erin sonrió soñadora.

—Porque lo viví... Hace mucho tiempo... Fue con el padre de Maverick.

—¿Y ya creías en los flechazos?

Ella negó.

—Jamás... De hecho, hasta que me rendí... —Dulce la miró asombrada y ella amplió su sonrisa—. Sí, jovencita, me rendí. Una

palabra peculiar para usar en una relación, pero tuve que hacer frente a una lucha interna que estalló aquí y aquí. —Se señaló su propia cabeza y el lugar donde latía su corazón.

—¿Por qué? —se interesó.

—Por cabezota —dijo con claridad, arrancándole una sonrisa—. No podía asimilar que me hubiera enamorado de un chico maleducado y más cabezota que yo —explicó elevando una ceja, divertida—, al que solo había visto una vez en mi vida.

—¿Una vez?

Erin asintió.

—Después de ese día pasaron un par de meses hasta que volví a encontrarme con él, pero desde ese primer día... mi mundo se puso patas arriba.

Dulce asintió comprendiendo lo que le decía. A ella le había sucedido lo mismo desde que había visto a Maverick.

—Gracias...

La mujer arrugó el ceño confusa.

—¿Por qué, querida?

—Por contarme tu historia. Es como si, al escucharla, me sintiera más segura de mis sentimientos...

Erin atrapó una de sus manos y la miró a los ojos negros.

—Querida, si de verdad amas a mi hijo... —Dulce asintió con seguridad—, no necesitas que nada ni nadie te lo confirme. Solo tú y este —dijo señalándole el corazón— son los dueños de tus sentimientos, de lo que sientes por el hombre del que te has enamorado...

—Lo sé —afirmó con seguridad—, pero sienta bien saber que no es una locura lo que estoy viviendo.

—Quizás yo también esté loca... —le comentó con picardía.

Dulce le dio un beso en la mejilla.

—Una locura increíble, que sienta bien compartir.

—Como si fuera una receta del médico —afirmó la mujer y ella asintió convencida—. Por cierto... —se acordó de repente.

—Su medicina, señora. —Alfred apareció de pronto como si supiera que su jefa lo necesitaba.

Erin sonrió agradecida.

—Siempre atento, Alfred. Gracias —le dijo, tomando la pastilla que le ofrecía, junto a un vaso de agua.

—¿Estás bien? —Dulce se preocupó por ella en cuanto el mayordomo las volvió a dejar solas.

La madre de Maverick asintió.

—Sí, querida. Tranquila. Es solo que mi médico prefiere prevenir... Además, con vosotras aquí, tú y tus amigas, mis horas son más llevaderas.

Dulce sonrió al escucharla, pero estaba algo intranquila con la información que le acababa de ofrecer.

—Erin, ¿puedo preguntar la causa de esa supervisión?

Ella la miró a los ojos y comprobó que en ellos se mostraba verdadera inquietud, lo que la llevó a explicarse:

—Hace un tiempo sufrí depresión...

Dulce ahogó un gemido.

—Pero ¿estás bien? —Le tomó la mano con fuerza.

—Sí, tranquila. Fue hace mucho...

Ella asintió conforme al escucharla, pero una duda surgió en su cabeza.

—¿Qué ocurrió?

—A veces no hace falta algo específico para que suceda...

—Cierto —confirmó—. La cabeza es muy traicionera y hay que tener cuidado con ella.

La madre de Maverick movió la cabeza de manera afirmativa.



—Pero, en mi caso, creemos que el origen estuvo en lo que le sucedió a Aidan.

—¿A Aidan?

—Bueno, más bien a su mujer, pero las consecuencias para toda la familia fueron duras.

## Capítulo 11



—¿Qué ocurrió? —le preguntó tras un silencio que se alargó entre las dos, para disculparse de inmediato—. Perdona... Lo siento, Erin. No es de mi incumbencia y no debería...

Ella siseó acallándola.

—No, querida. No pasa nada —la tranquilizó—. Es solo que cuando hablo de ello recuerdo la sonrisa de mi nuera y me cuesta darme cuenta de que no volveré a escuchar su risa.

—Lo entiendo... —afirmó—. Por eso, comprendo que no quieras contármelo y...

—Nada de eso —la interrumpió—. Mi médico no para de insistirme en que debo hablar de ello y si es contigo, que eres casi parte de esta familia, mejor.

—¿Seguro?

La madre de Maverick asintió, golpeando su mano con cariño.

—Pero antes... —Miró hacia la puerta del servicio, por donde asomaba Alfred—. ¿Quieres otro café, querida? Seguro que hay

recién hecho y nos sentará muy bien.

Ella asintió y observó como Alfred, cafetera en mano, entraba de nuevo en el salón. Este hombre debía de tener poderes psíquicos o algo parecido, porque lo suyo no era muy normal.

—Sorcha tenía algo especial —comentó Erin de pronto, atrayendo su atención de nuevo, cuando el mayordomo abandonó el salón.

—¿La mujer de Aidan?

Erin movió la cabeza de manera afirmativa.

—Sí... La pequeña Sorcha... —La miró de pronto con un brillo especial en sus ojos verdes—. Siempre iba con Aidan y Maverick a todos los sitios, desde muy pequeña. Los chicos se quejaban de que no podían quitársela de encima, que parecía como si tuviera un radar y supiera, en cualquier momento, dónde podía encontrarlos. —Sonrió al recordar las conversaciones que mantenía con ellos en ese tiempo, cuando venían a quejarse de que no podían hacer cosas de «chicos» porque Sorcha no los dejaba.

—Era como una hermana —comentó Dulce recibiendo un movimiento afirmativo por parte de Erin.

—Eso les decía yo, que debían cuidarla y quererla como si fuera su hermanita.

—¿Y lo hicieron?

Erin volvió a asentir.

—Por supuesto... —Se rio—. Los tres acabaron siendo inseparables. Los tres amigos... Si uno necesitaba algo, si uno sufría o si ideaba algún plan descabellado, ahí estaban los otros dos, y Sorcha la primera.

Dulce le acarició la mano ajada.

—Era como una hija para ti, ¿verdad? —se interesó con delicadeza.

—La hija que nunca tuve —afirmó y cerró los ojos por un segundos, para abrirlos de inmediato—. Bueno..., llegó a ser mi hija porque acabó casándose con Aidan. —Miró hacia los ventanales como si recordara ese día—. El día que vinieron los dos y me informaron de sus planes de boda... —Suspiró—. No sabes la alegría que me dieron. Sorcha entraba a formar parte de nuestra familia de manera oficial...

—Debió de ser un momento especial para ti.

Ella asintió corroborando sus palabras.

—Pero nos duró poco... —Su voz decayó—. Un accidente de coche, a la vuelta de su luna de miel, acabó con su vida... —Titubeó, como si le costara contarlo—. Y con nuestra felicidad.

Dulce le apretó la mano que le sostenía, para transmitirle todo su apoyo.

—Lo siento mucho...

Erin se apartó una lágrima solitaria que se deslizaba por su arrugada mejilla y suspiró.

—Gracias, querida... Fue duro, difícil, pero desde entonces hemos tratado de sobrellevarlo de la mejor forma que hemos sabido.

—Erin... —la llamó pasados unos segundos en los que las dos se sumieron en sus propios pensamientos—, Maverick está aquí por lo que me has contado, ¿verdad?

La mujer expulsó el aire de su interior y asintió.

—Aidan ha vuelto a recaer —soltó de golpe.

Ella arrugó el ceño confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba bien... —dudó—. O eso creíamos, hasta que de pronto comenzó a pasar más tiempo durmiendo por el día, y por la noche... —Tensó la boca—. No es él. No es mi Aidan —señaló en un sollozo, que atrajo a Dulce de inmediato.

La joven se levantó y se arrodilló a su lado, más cerca de ella, mientras siseaba tratando de calmarla.

—Tranquila. Seguro que se solucionará...

Erin asintió y tomó una de las servilletas de la mesa, que Dulce le ofrecía, para limpiarse el rostro.

—Espero que no me vea Alfred, porque es capaz de regañarme por usarla para esto.

La joven no pudo evitar reírse ante el comentario. A pesar de la tristeza que la embargaba, era capaz de buscar algo divertido para destensar el ambiente.

—Es raro que ya no esté aquí...

La mujer miró por encima de su cabeza y sonrió al comprobar que el aludido las observaba con gesto cariñoso.

—Está.

Dulce se incorporó con rapidez y lo miró.

—Hola, Alfred...

—Señorita, ¿se le ofrece algo más? —Ella negó con la cabeza y el hombre volvió a desaparecer por el interior del pasillo.

—Lleva con nosotros mucho tiempo —explicó la madre de Maverick—. Ha visto crecer a los chicos y ha sufrido tanto como nosotros. Es un buen hombre.

Dulce se sentó de nuevo en la silla.

—Se nota el aprecio que os tiene, solo con estar pendiente de ti a cada paso.

Ella se rio y le dijo en tono confidencial:

—Pero no se lo digas, porque él siempre lo achaca a su formación en no sé qué academia de mayordomos.

—Entonces, no le diré nada —afirmó siguiéndole el juego.

—No sabes lo feliz que me hace que estés con Maverick. — Cambió de tema de pronto, descolocándola.

Dulce agachó la mirada algo cohibida.

—Yo..., Erin...

—Dime, hija. No te cortes.

Ella la miró a los ojos y, tras soltar el aire de su interior, le indicó:

—No sé muy bien la relación que tengo con él.

La mujer movió su mano derecha por encima de la cabeza, como si quitara importancia a ese hecho.

—Tiempo, querida. Solo necesitas tiempo para ver como esas piezas se van colocando solas —dijo con sabiduría—. Aquí lo importante es que los dos os queréis, y eso conseguirá solventar cualquier obstáculo que os encontréis.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—La edad... —Le acarició la mejilla con ternura y se levantó de la silla—. La edad nos enseña a ver lo real de las personas... Pero, lo más importante, nos enseña a priorizar, dejando de lado cosas que nos robarían tiempo y que no merecen la pena, para pasar a lo que deben ser nuestras metas.

—No puedo contradecirte. —Dulce también se incorporó y la siguió hasta la puerta del salón.

Erin la miró sonriente.

—No puedes y no debes, querida. La edad también nos otorga el favor de que siempre tenemos la razón... —Acercó su cara a la de ella—. Y si no, por lo menos, al callaros por no discutir con nosotros, con las personas mayores, ya asumimos ese engaño que a nosotros nos sienta bien y a vosotros os evita una discusión. Prioridades, Dulce... Prioridades... —Le guiñó un ojo y ella se rio.

## Capítulo 12



Dulce acompañó a Erin a sus habitaciones, cuando esta le indicó que necesitaba descansar. Aunque la conversación matutina, en sus propias palabras, le había sentado bien, en ocasiones la medicación la dejaba agotada, e iba a echarse un poco en su cama.

—Pero prométeme que volveremos a hablar —le rogó ya delante de la puerta de su dormitorio, arrancándole una sonrisa.

—Por supuesto. —Le dio un beso en la mejilla—. No me voy a ir a ningún sitio.

—Esa es la mejor promesa que me podías hacer, querida. —Le devolvió la caricia y desapareció en la habitación.

Dulce también sonreía, debido al cariño que le prodigaba la madre de Maverick. Por primera vez en su vida fue consciente de la necesidad que tenía del papel maternal que le faltaba en su casa. Se había criado con su padre, junto a su hermana Raquel, y, aunque no había echado en falta la ausencia de su madre, en los pocos

momentos en los que Erin había compartido su tiempo con ella la apreciaba como un gran tesoro.

Caminó por el largo pasillo, admirando los retratos de las paredes, y decidió pasarse por la habitación de Buffy y Zoe, para averiguar qué planes tenían para ese día.

Apenas le quedaban unos metros para llegar hasta la puerta de su habitación cuando las escuchó discutir, lo que la llevó a adentrarse en su dormitorio sin ni siquiera llamar.

—Pero ¿se puede saber qué os ocurre?

Zoe y Buffy se callaron de golpe y miraron a la recién llegada.

—Díselo a ella. —La pelirroja señaló a la otra—. Entiendo que soy una metepatas, que esta boca —dijo y se la golpeó con la mano— no sabe estar callada, pero no puede estar todo el día llamándome la atención.

Dulce observó a su otra amiga.

—Zoe, ¿qué sucede?

Esta bufó y se dejó caer en un pequeño sofá que había en la estancia.

—Nada, solo es que no admite ningún consejo...

Buffy puso los ojos en blanco y gruñó, yéndose hacia una de las dos camas que ocupaban la mayor parte del espacio de la habitación.

—No es un consejo, Zoe. Me estás martirizando todo el día con «no hagas esto», «no digas esto otro», «compórtate»...

—No exageres —se defendió.

La pelirroja elevó sus cejas y se tiró en la cama.

—Dice que exagero... Estoy pensando en grabarte para que te veas y lo comprendas.

Zoe miró a Dulce, que no pudo evitar asentir con la cabeza, dándole la razón a la otra chica.



—Ya sabemos cómo es Buffy...

—Una *metepatas* —soltó la aludida, arrancándole una sonrisa a Dulce y un bufido a la morena.

—Pero aun así la queremos —afirmó divertida, sentándose junto a Zoe en el sofá.

—Y yo a vosotras... —Se incorporó levemente, miró a la joven con la que había discutido, y especificó—: A las dos.

Zoe se pasó la mano por su negro cabello.

—Yo también a ti —reconoció.

Dulce le palmeó la pierna de manera cariñosa.

—¿Y cuál ha sido el detonante esta vez? —preguntó con tiento, con temor de que volviera a comenzar la discusión.

—Su comportamiento con el hermano de Maverick —indicó Zoe.

—Ya te he dicho que no me cae bien y, aunque sea el hijo de Erin, no pienso regalarle sonrisas falsas.

—Pero si solo lo has visto una vez... —comentó Dulce.

—Ni una hora —matizó la morena.

—Me da igual —señaló la otra—. Es un imbécil y lo siento.

—¿Qué sientes? —se interesó Zoe.

—Que sea hermano de Maverick e hijo de Erin, que son unas bellísimas personas.

Dulce se debatía entre contarle lo que sabía de Aidan o callar.

—No lo ha pasado bien...

—¡Y a mí qué! —soltó Buffy levantándose de la cama, para dirigirse al cuarto de baño individual que tenía esa habitación—. Estoy cansada de que, porque alguien lo esté pasando mal o le suceda algo, tengamos que justificar su comportamiento. Si es un imbécil, se dice y se acabó. —Para sorpresa de sus dos amigas, cerró la puerta del servicio tras ella, dejándolas con la palabra en la boca.

Zoe y Dulce se miraron asombradas, sin saber si reír o llorar, alucinando con el comportamiento de la pelirroja.

—¿Qué le pasa?

Zoe se encogió de hombros.

—Ni idea. Cuando he llegado a la habitación, seguía así de alterada.

—¿Y a ti? —le preguntó de repente, dejándola descolocada.

Zoe la miró y negó con la cabeza, al mismo tiempo que se levantaba del sofá, alejándose de ella.

—Nada. No me sucede nada...

—¿Seguro? Desde hace bastantes días estás rara. No pareces la misma —insistió Dulce siguiéndola con la mirada.

Zoe subió su maleta a una de las camas y comenzó a buscar algo en su interior.

—No sé de qué hablas... ¿Crees que hará mucho frío para ponerme solo esta blusa? —Le mostró la prenda que acababa de sacar, intentando cambiar de tema.

—No, creo que irá bien, pero desde aquí parece que le falta un botón —comentó.

La morena observó la blusa y, de pronto, recordó el último sitio donde la había llevado. La arrugó sin muchos miramientos y la echó al fondo de la maleta.

—Mejor me pongo otra cosa...

Dulce se levantó y se acercó a ella.

—No la trates así a la pobre. —Buscó la blusa y, a continuación, la dobló con cuidado—. Solo hay que coserle un botón y la tendrás como nueva.

Zoe se sentó en la cama rendida y asintió con pocas ganas.

—Tienes razón...

Dulce la miró extrañada, dejó la prenda en la maleta y se sentó a su lado.

—Zoe...

La morena apoyó la cabeza en su hombro.

—Estoy bien... Es solo que necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué? —le preguntó atrapando una de sus manos.

—Para asimilar lo que he hecho...

Dulce buscó sus ojos marrones.

—¿Qué has hecho?

Ella la miró entre temerosa y esperanzada.

—Yo...

—¿Tú?

—Me he acostado con Izan —soltó de golpe, dejándola sin palabras.

Justo en ese momento Buffy salió del cuarto de baño, interrumpiendo la conversación.

—¿Ya me estabais criticando?

Dulce observó a la morena, quien le rogaba con la mirada que no dijera nada sobre lo que le había contado, y, tras darle un breve apretón en la mano, se levantó de la cama.

—Por supuesto —afirmó—. ¡Qué otra cosa podíamos estar haciendo! —Le siguió el juego simulando una diversión impostada.

Zoe se incorporó y sacó un jersey de la maleta. De pronto estaba helada, mejor dicho, casi no la abandonaba el frío desde lo que sucedió en el Seven aquel día; cuando recordaba que Buffy, su amiga, estaba enamorada del hombre con el que ella se había acostado.

—Entonces, ¿te vienes? —preguntó la pelirroja a Dulce.

Ella la miró confusa.

—¿Adónde?

—A visitar Dublín, claro. Por mucho que ese imbécil...

—Buffy... —le llamó la atención Zoe, como si hubiera vuelto al mundo real de pronto.

—Está bien, está bien... Quería decir que por mucho que el hermano de Maverick...

—Se llama Aidan —le dijo Dulce, casi aposta, buscando picarla.

—El hermano de Maverick —insistió Buffy, arrancándole una carcajada— diga que no merece la pena la visita, no tiene ni idea. Está el Trinity College y su increíble biblioteca. —Movi6 los dedos de su mano derecha, según iba enumerando los sitios que quería visitar—. Pasear por Grafton Street y quizás comprar algo en sus tiendas o echar un vistazo a lo que exponen algunos de los artistas callejeros. Recorrer el parque de Saint Stephen's Green y hacer fotos a los cisnes; el parque de Merrion Square, que está rodeado de casas históricas, y hacerme una foto con la estatua de Oscar Wilde. Visitar la catedral de San Patricio y O'Connell Street, donde podemos ver la oficina de correos de 1818 o The Spire, una aguja de 120 metros de alto. —Elevó su brazo, simulando la altura del monumento—. El castillo de Dublín, la catedral Christ Church, la cárcel de Kilmainham y, si tenemos tiempo, paramos en el Temple Bar para comer o beber algo, o hacemos una parada en la Guinness Storehouse, que es la fábrica y almacén de la cerveza Guinness.

—Si tenemos tiempo —indicó divertida Zoe.

Dulce no pudo evitar reírse.

—Pero ¿qué has hecho? ¿Te has estudiado una guía de Dublín?

Buffy le regaló una tímida sonrisa y le mostró su móvil.

—Internet es muy útil...

—Ya, ya lo veo —afirmó Dulce.

—Entonces, ¿qué? ¿Te vienes? —repitió Buffy.

Dulce negó con la cabeza.

—Aunque parece un plan...

—Agotador —indicó Zoe sonriente.

—Interesante —señaló Dulce, aunque no le faltaba razón a su amiga—. Prefiero quedarme en el castillo. Necesito pensar en varias cosas...

Buffy asintió y atrapó su abrigo rojo, el cual se puso por encima de un jersey verde y unos vaqueros oscuros.

Zoe al final optó por un jersey blanco de gran cuello y unos vaqueros más claros que los de su amiga; el abrigo, azul oscuro, le llegaba hasta las pantorrillas.

—¿Seguro que no te animas? —le preguntó la morena tras darle un beso de despedida.

—No, pero haced muchas fotos para luego darme envidia.

Buffy, que ya estaba casi fuera del dormitorio, movió el móvil de lado a lado.

—Eso no lo dudes. Te arrepentirás de no haberte venido —le dijo divertida.

Zoe puso los ojos en blanco y siguió a la pelirroja.

—Menos mal que me traje las deportivas, porque vamos a acabar con los pies molidos —señaló arrancándole una carcajada a Dulce.

—Eres una exagerada —comentó Buffy en el pasillo, mientras se dirigía a la puerta de entrada del castillo.

—Seguro. Ya lo veremos luego —indicó la morena.

—No creo que podáis ver todo lo que ha dicho —señaló Dulce, que había decidido acompañarlas hasta la salida y así aprovechar para visitar los jardines del castillo.

—Tú lo sabes, yo lo sé... —Zoe miró la espalda de su amiga—. Ella lo descubrirá pronto.

## Capítulo 13



Tras despedirse de sus amigas, Dulce se dirigió hacia los jardines que había tras la entrada principal del castillo, que, aunque Alfred le había indicado que no eran muy extensos, le llamaban la atención desde su llegada. Sobre todo, le intrigaba la estructura que vislumbraba desde el pequeño balcón de su habitación, y que no terminaba de adivinar cómo era, porque lo único que se apreciaba era la pequeña cúpula que asomaba entre los árboles.

Aunque no hacía mucho frío, se abrochó el abrigo hasta el cuello y escondió las manos en los bolsillos. De vez en cuando se levantaba algo de aire, provocando que su cabello suelto bailara a su son y las nubes, aunque había pocas en ese momento, navegaran por el cielo azul.

Tomó el camino de grava que rodeaba la fuente circular, que había observado desde el salón durante el desayuno, y se fijó en dos angelitos de piedra que sonreían desde la cima y que simulaban un juego muy divertido. Tocó el agua, comprobando que estaba

helada, y se encaminó hacia las hayas y los robles que formaban un pequeño bosque no muy lejos de allí.

Nada más adentrarse en él, sintió un aura especial. El ruido de los animales aumentó y los pocos rayos de sol que lograban traspasar las ramas de los árboles creaban una luz casi mágica.

Paseó sin rumbo fijo, admirando las plantas y los animales que, despistados, cruzaban por delante de ella, a la vez que respiraba el aire tan puro que nacía de las verdes hojas. Si no creyera que no era posible, podría jurar que se encontraba en otro mundo, uno de fantasía y magia, donde en cualquier momento un hada volaría hasta ella o un duende, con un trébol de cuatro hojas, saltaría de un lado a otro del camino.

Un mundo increíble con su propio templo, uno viejo, que hablaba del paso del tiempo, y que se asomaba entre los árboles. En lo alto de su estructura destacaba una cúpula semicircular, con leves tintes azules, la misma que veía desde su habitación. La que le había llevado hasta allí.

En cuanto llegó a su altura, pasó la mano por la piedra agrietada, donde el musgo verde todavía no había conquistado el espacio, y sintió la rugosidad del material. Ascendió los tres escalones que llevaban hasta su interior, una zona circular con vanos laterales desde los que se podía observar el bosque, y se sentó en un pequeño banco de piedra, para disfrutar de la vista.

No habían pasado ni dos segundos cuando un ruido, al otro lado del templo, llamó su atención.

Se asomó por la barandilla y se encontró con que no estaba sola.

—Maverick...

El joven miró hacia arriba, cambiando su gesto taciturno por una gran sonrisa cuando la identificó.

—Parece que mis deseos te hayan traído hasta aquí, mi hadita.

Dulce se rio y, sin dudarlo, descendió los escalones para reunirse con él.

—¿Qué haces aquí?

Él se encogió de hombros y se volvió a sentar en un saliente que nacía de la base del edificio, dejando espacio para que ella se acomodara a su lado.

—Pensar...

—Es un buen lugar —comentó Dulce, atrapando su mano inconscientemente.

—Sí... Suelo venir a menudo —confesó—. Y últimamente más...

La chica observó su semblante y se preocupó:

—¿Por Aidan?

La miró sorprendido.

—Cómo...

—Tu madre. —Le regaló una tímida sonrisa.

—Mi madre... —repitió—. A veces desearía que no hablara tanto...

—Se preocupa por ti —la defendió—. Por los dos.

Maverick se levantó y se pasó la mano por el cabello, despeinándolo en el proceso.

—Lo sé, pero no está bien... Para eso estoy aquí.

—¿Para qué has venido, Maverick? —le preguntó. Sabía que todo giraba en torno a Aidan, pero necesitaba averiguar los motivos del viaje del joven.

Este la miró y escondió sus manos en el pantalón. La camisa, que esa mañana llevaba por dentro de la cinturilla, asomaba desmadejada.

—Aidan ha recaído otra vez. Está dejando de lado sus responsabilidades y cada vez pasa más tiempo durmiendo o borracho —explicó sin guardarse nada—. Ya lo viste anoche.



Ella asintió; recordaba muy bien el estado del chico.

—¿Y tú has tenido que hacerte cargo?

Maverick asintió y se sentó de nuevo a su lado.

—No es tanto por los negocios, ya que estos, al final, se sustentan solos. Salvo una firma en algún documento o una reunión, no tengo que hacer nada más.

—¿Entonces? —Se volvió hacia él para mirarlo a la cara.

—Es por su estado, su comportamiento... —dijo rendido—. Nuestra madre ya no sabe qué hacer con él. No consigue que le haga caso y, al final, tuvo que pedirme ayuda.

Dulce asintió, entendiéndolo todo.

—¿Y sabéis el motivo que le ha llevado hasta aquí?

—Creemos que es Sorcha —comentó—. Siempre es ella...

—Pero tu cuñada está... —Se calló. No sabía cómo decirlo sin herirle.

—Muerta —terminó por ella—. No te preocupes. Fue duro en su momento, ya que era como una hermana para mí, pero he conseguido sobrellevarlo.

Dulce le apartó el pelo que le caía sobre la frente con cariño.

—Lo siento. Es solo que no entiendo qué ha podido suceder. Según tu madre, el accidente sucedió hace tiempo.

Maverick se levantó de nuevo y se acercó hasta el árbol que tenían más cerca.

—Sí, pero no consigo que hable, que me lo explique... Cada vez que intento acercarme a él, acabamos discutiendo. No entra en razón y termino desistiendo, como esta mañana.

—¿Habéis discutido otra vez?

Él asintió, al mismo tiempo que daba una patada a una pequeña piedra que rebotó contra un tronco.

—Como siempre últimamente...

—Pero estaba... —dudó qué palabra usar— diferente. Parecía más receptivo, aunque algo tirante.

Maverick asintió.

—Yo también lo pensé. Sobre todo cuando dijo que iba a trabajar... —La miró a los ojos—. ¿Sabes el tiempo que lleva sin decir eso? No me lo creía.

—¿Y qué sucedió?

—Que me lo encontré en la biblioteca bebiendo... —Gruñó—. No me dejó ni hablar, y me echó de la habitación antes de que atravesara la puerta.

Dulce atrapó su pequeña cruz de plata, nerviosa.

—Está sufriendo —comentó más para sí misma que para que la escuchara Maverick.

—Lo sé —afirmó—. Y no sabes lo que me duele verlo así...

La joven se levantó deprisa, en cuanto notó el sufrimiento en el joven. Lo abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho, donde su corazón lloraba.

—Quizás necesite ayuda profesional —dijo pasados unos segundos.

Maverick le acarició el cabello y le besó la cabeza.

—Es imposible. No quiere ni oír hablar de ello. Esa puerta se cerró hace mucho tiempo.

—Pero, entonces... —Buscó sus ojos verdes.

—¿Sí? Dime —la animó.

—Hay algo que no entiendo —indicó, llevándolo hasta donde habían estado sentados minutos antes.

—Pregunta. Quizás hablándolo entre los dos, con alguien que lo ve todo con ojos más recientes, consigamos encontrar una solución.

Ella asintió y habló:

—¿Cómo sabéis que Sorcha tiene algo que ver en esto?

Maverick le apartó de la cara un mechón y lo coló por detrás de su oreja.

—Este comportamiento ya lo vivimos cuando murió. Está actuando de igual manera.

—¿Y cómo salió de ello?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé —confesó—. Un día se levantó y empezó a hacerse cargo de sus responsabilidades. Incluso dejó el alcohol. No bebía ni vino en las comidas.

Dulce arrugó el ceño.

—¿Así, sin más? —Él asintió—. ¿Y si no lo superó en ese momento?

—¿Qué quieres decir? —la interrogó intrigado.

La joven enfrentó su mirada y le explicó:

—Que lo escondió. Todo ese sufrimiento, ese dolor que experimentaba, lo sepultó bajo capas de indiferencia, hasta que al final ha explotado.

Maverick la observó en silencio por unos segundos.

—Puede ser...

—Su alma sigue llorando —afirmó.

Él le sonrió.

—Eso es muy poético.

—Sí, pero es la realidad. Aunque tu cuerpo esté sano, si tu alma está rota, vives en desequilibrio.

—Necesitas tener todo en sintonía —señaló, comprendiendo lo que le quería decir.

Dulce movió la cabeza de manera afirmativa.

—Y hasta que no suelte todo lo que le hace sufrir, tu hermano no volverá a ser como antes —comentó—. Quizás nunca vuelva a ser el Aidan de antes del accidente, pero conseguirá seguir viviendo.

Maverick asintió. No podía estar más de acuerdo.

—Tiene que hablar... —indicó con seguridad y se levantó, ofreciéndole una mano—. Si no es conmigo, con un profesional.

—Creo que es lo mejor —concordó, agarrándolo para regresar al castillo juntos.

—Hoy mismo se lo expondré de nuevo —dijo con rotundidad—. No me rendiré.

—Si necesitas ayuda...

Él se detuvo y la miró a los negros ojos.

—Te avisaré. —Dulce asintió conforme—. Gracias...

Esta sonrió y negó con la cabeza.

—No he hecho nada que otro no haría.

—No estoy de acuerdo. —Posó las manos en su cara—. Solo que estés aquí, apoyándome, tiene un gran valor para mí.

Ella se encogió de hombros.

—Pues si no hubiera decidido comprar el billete de avión y presentarme en tu casa sin invitación, no estaría aquí.

Maverick gruñó.

—No me lo recuerdes. Creo que ha sido la peor idea que tuve en mi vida.

Dulce se rio.

—Una de ellas —afirmó divertida.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no me dijiste que eras rico? —preguntó ya más por curiosidad que por otro interés.

Él silbó y puso los ojos en blanco.

—Rico, rico... Tenemos varias empresas de vinos y productos de exportación, pero no salimos en la lista Forbes. Pensé que no era importante.

—Maverick, vives en un castillo. —Señaló el edificio que tenían cada vez más cerca.

—Si no fuera por las ayudas estatales y por algunas subvenciones, no podríamos mantenerlo y, aun así, tiene muchos gastos.

—¿Quieres decir que permitís las visitas de turistas?

Él asintió.

—Dos días a la semana nos invaden —dijo divertido—. Yo me escapo y Aidan también, pero mi madre ya sabes que disfruta con las visitas.

Dulce se rio.

—Le he cogido mucho cariño.

Maverick le pasó la mano por el cabello.

—Y ella a ti. Dice que te quedarían muy bien nuestros colores...

Le miró confusa.

—¿Vuestros colores?

—¿Te acuerdas de la manta con la que te tapaste en la biblioteca? —Dulce asintió—. Era de cuadros verdes y azules, como la falda...

—De tu madre —terminó por él.

Maverick asintió.

—Representan a nuestra familia: los O'Connor —dijo con orgullo.

Dulce sonrió.

—Suenan muy importantes.

—Y lo es —afirmó—, y más cuando mi madre piensa en ti como parte de la familia.

La joven agachó la mirada, algo cohibida por sus palabras.

—Otra pregunta... —cambió de tema.

Maverick se rio, sabiendo lo que buscaba.

—Dime, no quiero que la intriga se adueñe de ti.

Ella le sacó la lengua.

—¿Por qué llevo esperando que me des un beso desde que nos hemos encontrado? —Subió los brazos, para dejarlos caer de inmediato, alejándose de él.

Pero poco pudo avanzar, porque Maverick atrapó una de sus manos y tiró de ella, acercándola de nuevo a su cuerpo.

—Tienes razón. He sido un maleducado.

—Bueno... —No terminó lo que fuera a decir, ya que la boca del joven se cernió sobre la de ella, robándole el aliento.

Tan rápido como empezó el beso, terminó. Maverick se separó de ella, depositando un leve beso en la punta de su nariz, y observó su rostro con devoción.

—¿Mejor? —le preguntó con picardía.

Dulce, que seguía con los ojos cerrados, sorprendida por el arrebato, los abrió de golpe al escucharlo.

—No seas tan bravucón —lo acusó y le golpeó el estómago, para salir corriendo hacia el castillo sin esperarlo.

Maverick observó su espalda mientras se pasaba la mano por la zona dolorida. Sonrió divertido y, tras darle una ventaja prudencial, salió tras ella.

La atrapó a escasos metros del castillo, abrazándola por detrás, al mismo tiempo que ella se reía.

—No puedes escapar...

Dulce se dio la vuelta y lo miró a los ojos, esos en los que la diversión estaba impresa.

—Quizás no quiera —indicó de manera sugerente.

Él la pegó todavía más a su cuerpo y dejó que sus manos se deslizaran hasta su trasero.

—Podríamos hablarlo en mi habitación.

—Es buena idea —afirmó segura.

Maverick asintió, le dio un rápido beso en la boca, y la agarró de una mano para ir juntos hasta su destino.

Justo en ese momento, la puerta acristalada del salón donde comían habitualmente se abrió y apareció el mayordomo algo nervioso.

—Señor O'Connor...

—Sí, Alfred...

—Su madre, señor O'Connor.

Maverick se acercó al hombre, confuso.

—¿Mi madre? ¿Qué sucede, Alfred?

El mayordomo posó sus ojos en la pareja mientras se retorció las manos.

—Acaban de llevarla al hospital, su hermano está con ella, pero...

—Iré ahora mismo. —Miró a Dulce, sin saber muy bien qué hacer con ella.

Esta le ofreció una sonrisa comprensiva y le dio un dulce beso.

—Vete. Yo esperaré aquí a que regresen las chicas... —Él asintió conforme—. Llámame en cuanto sepas algo.

Maverick volvió a mover la cabeza de manera afirmativa, le dio otro beso y salió corriendo hacia la casa.

Dulce y Alfred lo siguieron con la mirada, quietos, nerviosos, sin saber muy bien qué hacer a partir de ese momento.

—¿Qué le ha sucedido, Alfred? —se interesó atrapando uno de los brazos del hombre, que, preocupado como estaba, ni se molestó ante el contacto.

—No lo sé... Fui a despertarla para que diera su paseo matutino y no lo conseguí —le explicó mientras se adentraban en el castillo—. Busqué a Maverick en la biblioteca, pero solo estaba Aidan y...

—Hizo bien —lo tranquilizó—. Seguro que no será nada grave y es importante que uno de sus hijos esté a su lado. Aidan sabrá qué

hacer.

Alfred la miró a los ojos, buscando esa seguridad que sus palabras mostraban.

—Señorita, yo...

Dulce siseó y le palmeó la mano para calmarlo.

—Todo irá bien. Ya lo verá.



## Capítulo 14



—Buenos días —la saludó Buffy en cuanto apareció en el salón—. ¿Sabemos algo nuevo?

Dulce negó con la cabeza. Estaba cansada. Apenas había pegado ojo desde la última llamada de Maverick, casi al final de la tarde, en la que le informó de que su madre estaba despierta y que no paraba de insistir a los médicos para que la dejaran regresar a su casa, porque tenía invitadas.

No pudo evitar reírse al escucharlo. Una risa por la que salieron todos los nervios que le habían atenazado el corazón, preocupada como estaba por la mujer a la que, en poco, tiempo, había tomado aprecio.

Erin estaba bien, solo debían realizarle algunas pruebas para saber la razón de su malestar, y Maverick, junto a Aidan, velarían por su descanso en el hospital.

—Nada desde ayer —le indicó tomando un cruasán al mismo tiempo que se sentaba a la mesa, enfrente de ella.

—Seguro que todo irá bien —afirmó Zoe convencida, acomodándose al lado de la pelirroja.

Dulce asintió. No podían perder la esperanza.

—Alfred... —llamó Buffy al mayordomo, nada más aparecer este por la puerta del servicio.

—Buenos días, señoritas. ¿En qué puedo ayudarlas? —preguntó solícito, mientras servía café en la taza de Dulce.

—¿Sabe usted algo? —se interesó.

El hombre negó y pasó a servir a Zoe.

—Solo que la señora se despertó y que quería volver a casa —repitió la misma información que poseía Dulce—. No querría estar en la piel de los médicos —comentó, sonriendo por primera vez desde el día anterior—. La señora O'Connor puede llegar a ser muy insistente cuando se le mete algo entre ceja y ceja.

Las tres chicas sonrieron también al escucharlo.

—Deberá tener un poco de paciencia —aseguró Zoe, bebiendo de su café.

—Y sus hijos también —aseguró el mayordomo, retirándose a una esquina de la habitación cuando acabó con su tarea.

Las jóvenes asintieron. Dulce porque sabía la situación de la familia, y las otras dos porque, por lo poco que habían visto y lo que su amiga les había contado, podían deducir que todo esto iba a suponer un cambio para ellos.

—Cuando terminemos llamaré a Maverick...

—No hará falta —este interrumpió a Dulce, apareciendo en el salón. Agarrado a él iba Erin y, por detrás, su hermano.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Buffy levantándose deprisa para ir a su encuentro.

Zoe y Dulce la imitaron, felices de verlos, pero al mismo tiempo algo preocupadas.

—¿Está todo bien? —se interesó Dulce, mirando a Maverick, que le sonrió para tranquilizarla.

—Sí, sí... Todo bien, queridas —afirmó Erin, cambiando el brazo de su hijo por el de Buffy, quien la acompañó hasta la silla que siempre ocupaba.

La pelirroja le dio un beso en la cabeza y se sentó a su lado sin dudarle en cuanto la acomodó.

—¿El médico te ha dado el alta?

—No —le respondió de forma seca Aidan.

Buffy lo miró a los ojos verdes, algo más oscuros que los de su hermano y su madre, y, sin decirle nada, repitió la misma pregunta a la mujer:

—Erin, ¿qué te han dicho los médicos?

—Que podía venir a casa...

Dulce se aproximó a Maverick, que observaba a su madre, y lo tomó de la mano. El chico la miró y le dio un beso en la sien.

—¿Todo bien?

—Más o menos —le susurró—. Luego te cuento.

Ella asintió y devolvió la atención a la mujer, que estaba explicando lo ocurrido a sus amigas.

—Está todo controlado —explicó—. Me tienen que hacer más pruebas, pero parece que no es nada grave...

Aidan gruñó. No estaba de acuerdo con el proceder del hospital.

—Cariño —lo llamó su madre—, ellos saben lo que se hacen.

El joven se le acercó y le dio un beso en la arrugada mejilla.

—Lo que tú digas, madre... Pero que hayas insistido mucho, hasta rayar la pesadez, con que querías que te dieran el alta, ha provocado que los médicos prefirieran mandarte a casa que aguantarte.

Erin le devolvió el beso con una sonrisa traviesa.

—No seas exagerado, hijo.

Este puso los ojos en blanco.

—No soy exagerado, madre. —Puso el mismo tono de voz que ella—. No dejes que te cansen mucho —dijo mirando a Buffy aposta—. Tienes que descansar.

Su madre asintió. No porque estuviera cansada, sino más bien por no querer escuchar una nueva reprimenda por parte de Aidan. Tenía una actitud muy paternalista desde que había tenido que ir a urgencias.

—Tranquilo. No tardaré en ir a mis habitaciones.

Aidan, aunque movió la cabeza afirmativamente, se acercó a Alfred y le indicó:

—Tiene que descansar.

—No la dejaré que se demore mucho, señor O'Connor —afirmó con rotundidad el mayordomo.

Aidan asintió, miró a su hermano y le informó:

—Maverick, estaré en la biblioteca.

—Ahora voy para allá.

Y, sin más, el hijo mayor de Erin salió de la estancia, sin molestarse en despedirse.

Buffy resopló ante su comportamiento, pero, de inmediato, devolvió la atención a la mujer.

—Entonces, ¿estás bien?

Ella le palmeó la mano que le agarraba con cariño.

—Todo lo bien que los años me dejan estar. —Las tres jóvenes sonrieron al apreciar que no había perdido su carácter jovial—. Aunque no me vendría mal uno de esos cruasanes caseros de la señora Doyle —comentó observando la bollería que descansaba en una bandeja.

—Madre, te han dicho que controles el azúcar —la reprendió Maverick.

La mujer lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y un té con una tostada de pavo? —tanteó Dulce, mirando al chico.

Este asintió e hizo un movimiento hacia Alfred, que desapareció con rapidez.

—Pero sin azúcar en el té —precisó.

Su madre gruñó y las chicas se carcajearon.

—Al final esta dieta es la que me va a matar.

—Seguro que habrá edulcorante, no sé si estevia o quizás azúcar moreno, que es más sano —comentó Zoe—. ¿Le gustaría?

—Podemos probar —indicó Erin y la joven morena no dudó en ir tras el mayordomo.

—¿Y tú, Maverick? —le preguntó Dulce, tirando de él hacia la mesa—. ¿Has comido algo?

—Nada de nada —respondió por él su madre.

—Pues eso no puede ser...

—No tengo ganas —afirmó, revolviéndose el cabello con gesto cansado—. Lo que necesito es una ducha.

—También, pero antes... Siéntate —le ordenó la joven y le sirvió un café, arrancándole una carcajada.

—Así me gusta, querida —comentó la mujer—. A ver si a ti te hace caso. Con eso de que ha estado pendiente de mí, creo que no ha probado bocado desde ayer por la mañana.

Maverick le tomó una de sus manos y le dio un beso.

—Estaba preocupado...

Ella asintió y se soltó de su agarre cuando Alfred llegó con su almuerzo.

—Lo sé, cariño. —Arrugó el ceño cuando observó la tostada de pavo—. Pero también debes cuidarte —prosiguió tras un suspiro—, porque necesito que estéis bien... —lo miró a los ojos y añadió—: los dos.

—Lo estaremos, madre. No te inquietes. —Maverick bebió de su café—. Además —dijo observando a Dulce, que untaba una tostada de pan de molde con mermelada de fresa y se la dejaba en el plato al terminar—, a mi lado tengo a alguien que me cuida muy bien.

La joven se sonrojó al sentir la atención de madre e hijo en ella.

—Es un tesoro —afirmó Erin.

—Bueno, tampoco todo son virtudes —afirmó Buffy atrayendo todas las miradas de la mesa—, tendríais que ver cómo deja la cocina cuando acaba de preparar algo.

—¡Eso no es verdad! —negó Dulce con rapidez.

Erin se rio y Maverick sonrió ante la escena. Esa cotidianidad era la mejor medicina que podía tener su madre, lejos de la frialdad de un hospital.

—A ver... —habló Zoe, provocando que sus dos amigas la miraran expectantes—, no es que parezca que ha pasado un tornado...

—¡Ves! —la acusó Dulce, cortando a la chica.

—Pero...

—Ha dicho pero —esta vez fue la pelirroja quien la cortó.

Zoe suspiró y puso los ojos en blanco.

—Hay que reconocer, Dulce, que podrías ir limpiando según utilizas las cosas. El orden no viene mal.

La joven bufó y puso morros, arrancándole una divertida carcajada a la madre de Maverick, a la que pronto se unieron el resto de los comensales, incluso la propia Dulce.

## Capítulo 15



—¿Qué os han dicho los médicos? —preguntó Dulce desde la cama de Maverick, donde estaba sentada.

Cuando Erin se retiró a su dormitorio, acompañada por Buffy y Zoe, casi en un acuerdo tácito para ofrecer tiempo a solas a la pareja, los dos habían decidido ir a la habitación del joven. Este necesitaba una ducha y así podrían conversar sin peligro de que los interrumpieran.

La estancia era igual de grande que la de Dulce y estaba ocupada por una cama, una mesa y dos sillas y la eterna chimenea que parecía que el arquitecto del edificio había decidido instalar en todas las habitaciones.

La diferencia recaía más en la decoración, que era más masculina, con tonos oscuros y las líneas de la cama más rectas y sencillas. No había ningún dosel a la vista, pero sí un gran cabecero de madera en el que la joven apoyaba su espalda.

—Han descartado que sea algo del corazón, pero quieren hacerle más pruebas para comprobar que lo que tenga no acarree algo más serio —la informó, asomándose por la puerta del cuarto de baño ya con las gafas puestas. Debía de haberse quitado las lentillas.

—¿Y lo de la dieta? —se interesó.

Maverick se adentró en la habitación mientras se desabrochaba la camisa, dejando su torso al descubierto.

—Nuestro médico llevaba detrás de ella desde hacía bastante tiempo para que redujera algunos alimentos...

—Como el dulce —señaló ella.

Él asintió y sonrió travieso.

—Con esto que le ha ocurrido, ha sido lo que necesitaba para reprenderla y obligarla a que siga una dieta más sana.

—¿Y crees que le hará caso? —lo interrogó con cierto escepticismo. Por las veces que había coincidido con Erin en las comidas, y viéndola esa mañana, era evidente que le iba a costar bastante seguir las recomendaciones del doctor.

Maverick dejó la camisa sobre una de las sillas y se deshizo del cinturón del pantalón.

—Ahí entramos mi hermano y yo —comentó de manera enigmática.

Dulce lo observó de arriba abajo y notó como su corazón se aceleraba al tenerlo delante de ella, casi desnudo.

—¿Qué quieres decir? —consiguió preguntar pasados unos segundos, notando la garganta seca.

—Aidan le ha prometido a mi madre que dejará la bebida y que retomará los negocios.

—Pero ¿irá a un especialista?

Él negó.



—Poco a poco... Es muy cabezota e insiste en que puede salir de esto solo, que no necesita a ningún extraño que hurgue en su cabeza.

Dulce arrugó el ceño.

—Maverick, necesita esa ayuda. Por lo que estuvimos hablando, no es la primera vez y...

—Lo sé, pero quiero darle tiempo —afirmó—. Ya es importante el paso que ha dado. Más adelante volveré con el tema.

—Está bien. Tienes razón —convino—. Seguro que tu madre estará feliz con ello.

El joven se sentó a su lado en la cama.

—En cierta manera es una preocupación menos para ella.

—Es verdad, pero me inquieta que vuelva a recaer y que no estés tú aquí.

Maverick atrapó su cara y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Esa es otra de las cosas...

Elevó una de sus cejas marrones.

—¿Qué quieres decir?

Él observó su rostro en silencio, con temor a su reacción ante lo que tenía que contarle.

—Tengo que quedarme más tiempo del que esperaba y no sé cuándo regresaré a Nueva York.

Dulce arrugó el ceño y se separó de él, levantándose de la cama. Necesitaba tomar distancias.

—¿Y eso? —Se cruzó de brazos.

—Mi hermano me ha pedido que me quede con él, que trabaje a su lado...

—¿Para siempre? —le preguntó alarmada.

—No... —Se acercó a ella y posó las manos a ambos lados de sus brazos—. Ambos sabemos que tengo en marcha el proyecto del

corto de animación y que en cuanto se termine, cosa que puedo hacer desde aquí, empezaremos a ir a diferentes festivales.

Dulce asintió. Sabía lo que le estaba contando porque ya lo habían hablado con anterioridad.

—No me gustaría que lo dejaras... —comentó, temiendo que la situación de su hermano terminara con su sueño.

Él le sonrió agradecido.

—Eso no ocurrirá porque todos, Aidan y mi madre, quieren que sea feliz y, para eso, debo seguir con la música.

—Me alegro —afirmó y agachó la mirada—. Lo único...

—¿Sí? —Le apartó uno de los mechones de la trenza de la cara, dejando que su dedo acariciara su mejilla por el camino.

—¿Qué ocurrirá con nosotros? —preguntó a media voz, casi con temor a saber la respuesta.

Maverick posó sus manos a ambos lados de su cara y agachó un poco la cabeza para mirarla a los ojos.

—Lo que tú quieras...

Dulce sintió como los nervios le atenazaban el estómago. Fijó sus negros iris en los verdes y, pasados unos segundos, se separó de él.

—Maverick, no puedo dejar Nueva York. No ahora... —Se pasó la mano por la trenza y atrapó la pequeña cruz de plata, con la que jugó brevemente, hasta dejar caer sus manos sin fuerza—. Me han ofrecido trabajo en uno de los restaurantes más importantes de la ciudad y quiero aceptarlo. —Era la primera vez que lo decía en voz alta, pero sabía que lo llevaba deseando desde el primer día que su profesor se lo ofreció.

Él la miró sin moverse.

—Lo sé y por eso no te lo he pedido.

La joven lo observó confusa.

—¿Entonces? —Se mordió el labio inferior—. No te entiendo...

Maverick se aproximó a ella y, sin tocarla, habló:

—Quiero pensar que lo que los dos sentimos tiene la suficiente fuerza para conseguir que nuestra relación aguante y soporte la distancia que nos separe, aunque haya un océano de por medio. — Le pasó el dedo por las cejas, lo dejó caer por el puente de su nariz y delineó sus labios, provocando que estos se entreabrieran—. Mi pequeña hada, yo te amo. Sé que nos conocemos desde hace poco, que todavía debemos descubrir las manías y los vicios que ambos tenemos, pero te puedo asegurar, a día de hoy y en este mismo momento, que eres la mujer que ha robado mi corazón y que solo tú tienes la llave para liberarlo.

Dulce, que tenía sus ojos fijos en los de él, pudo comprobar como, a cada una de sus palabras, diferentes destellos de luz se reflejaban en sus iris. Era como si una galaxia refulgente hubiera anidado en su mirada y fuera creciendo en intensidad hasta explotar al finalizar su discurso.

—Maverick, yo...

Él la observó expectante, ansioso, pero al mismo tiempo temeroso de que la intensidad de sus sentimientos no fuera similar a los de ella y que, en vez de conseguir atraerla con su declaración, la ahuyentara.

—Si necesitas tiempo...

Dulce negó con la cabeza con rapidez.

—Es solo que me da miedo.

—¿El qué?

—No ser tan fuerte como tú —confesó—. Tu seguridad me desborda y consigue que este pobre músculo —dijo tomando su mano para llevarla hasta su propio corazón— no sepa corresponderte de la manera adecuada.

Maverick sonrió.

—Hadita, ¿tú me amas?

—Sí.

Fue solo una palabra, pero la más importante para que los dos terminaran sellando su amor con un beso.

Dulce se colgó de sus hombros y él la izó, sin demasiado esfuerzo, invitándola a que sus piernas rodearan su cintura.

Trastabillando, ya que cada pocos pasos Maverick se detenía para devorar su boca, la llevó hasta el cuarto de baño, donde el agua de la ducha seguía cayendo con libertad.

La sentó en un pequeño taburete, recibiendo un sonido de queja al separarse de ella, pero ese momento le permitió darse cuenta de que, a diferencia de su habitación, la bañera había sido sustituida por una gran ducha, en la que la mampara transparente permitía verlo todo.

Maverick comprobó la temperatura del agua y, tras asegurarse de que era la deseada, se deshizo de los pantalones y los bóxers, las únicas prendas que llevaba puestas.

Dulce, viendo lo que hacía, no tardó en quitarse el fino jersey que llevaba y, tras pelearse con las botas, se quedó en calcetines. Se incorporó, con intención de seguir desnudándose, pero él la tomó otra vez en brazos y la metió debajo del agua caliente con él.

El grito que emitió la chica se pudo escuchar en todo el castillo, pero la acalló con rapidez, posando la boca sobre sus labios.

Los besos se sucedieron de nuevo, mientras las manos de Dulce cobraban vida propia, deslizándose por su espalda hasta llegar al trasero.

La boca de Maverick se alejó de sus labios, atraída por el sabor de su cuello, mordiendo la zona en la que se junta con el hombro y arrancándole un gutural gemido.

Sin prisa, pero tampoco sin pausa, descendió por su pecho, deshaciéndose de los tirantes del sujetador por el camino, liberando sus pechos cuando le desabrochó los cierres.

Dulce gimió de placer al sentir su lengua sobre los pezones enhiestos, succionando, mordisqueando con mimo la parte de su cuerpo que en ese momento reclamaba más atención.

La estaba volviendo loca, loca de deseo por sentirlo, por que aumentara el placer, por que saciara lo que comenzaba a nacer en su bajo vientre. Estaba mojada, húmeda... y no era solo debido al agua caliente que se deslizaba por sus cuerpos. Necesitaba sentirlo...

Atrapó su miembro erecto y comenzó a acariciarlo con delicadeza al principio, para aumentar la velocidad al poco tiempo.

Maverick gruñó... Detuvo sus caricias cuando empezó a sentir que, como Dulce siguiera por ese camino, podrían no terminar bien las cosas, y, a pesar de sus primeras intenciones, salió de la ducha portando en brazos a su mujer.

La tiró sobre la cama, arrancándole una carcajada sensual, y la observó con fascinación. A pesar de no estar desnuda del todo, su cuerpo lo tenía hipnotizado; era como un imán que demandaba más caricias y besos, que satisficiera el fuego que le ardía por dentro y que solo él podía apagar.

Le desabrochó el botón del vaquero y, con cierta dificultad, porque la prenda estaba mojada, se deshizo del pantalón junto con la ropa interior.

La miró desde la distancia... Adorando cada parte de ese cuerpo que lo volvía loco y del que sabía a ciencia cierta que nunca se cansaría. De sus lunares, sus marcas, sus curvas, su sabor...

Se tumbó sobre ella, con cuidado de no hacerle daño, y, de una única estocada, se introdujo en su interior.

Dulce se arqueó, al mismo tiempo que un gemido se escuchaba en la habitación.

Sus miradas se encontraron y, poco a poco, sus cuerpos comenzaron una danza ancestral que solo tenía un objetivo: alcanzar el cielo en brazos del otro.

## Capítulo 16



—¿Ya has hablado con ella? —le preguntó Aidan en cuanto apareció en la biblioteca.

Maverick se sentó enfrente de él, con el escritorio entre medias.

—Sí, ya lo hemos hablado.

—¿Y? —se interesó impaciente—. Mira, hermano, si tienes que irte... —dudó por un segundo—, lo comprenderé.

El menor negó con la cabeza y tomó un bolígrafo que había sobre la mesa para pasárselo entre los dedos.

—Tranquilo. Lo ha entendido...

—¿Seguro? —Se levantó y le dio la espalda—. Sé lo importantes que son estos primeros días entre dos enamorados, y no quiero que por mi culpa...

—Aidan... —lo llamó atrayendo su atención—. No te preocupes. Ya está hecho. Dulce me esperará, y además...

—¿Además? —Lo miró con curiosidad.

—Siempre puedo coger un avión para ir unos días a Nueva York o ella puede venir de visita sola o con sus amigas.

El hermano mayor gruñó ante la mención de sus amigas. No había pasado mucho tiempo con ellas, pero la pelirroja lo alteraba.

—Solo serán unos meses —comentó a modo de disculpa.

—Lo que necesitéis madre y tú —insistió—. Nuestra familia necesita que estemos los tres juntos, y eso es lo que le daremos.

Aidan asintió conforme y se acercó hasta la bola terráquea, en la que se escondía el pequeño bar. La observó medio segundo y se giró de manera brusca hacia las estanterías del otro lado de la sala.

—Me tendrás que poner al día con las últimas negociaciones —comentó como si ninguno de los dos hubiera presenciado lo que acababa de ocurrir.

—Hermano... —este se volvió hacia él, con un libro entre las manos. Un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* muy antiguo—, necesitas ir a un especialista.

Aidan chascó la lengua contra el paladar.

—No hará falta —indicó tratando de mostrar seguridad—. La última vez me recuperé solo. Lo lograré otra vez.

—¿Y si vuelves a recaer? —se aventuró a preguntar.

Él negó con la cabeza y regresó a la mesa.

—No sucederá. Se lo he prometido a madre y... —lo miró a los ojos— a ti.

—Pero...

—¡Maverick! —Golpeó el escritorio con el libro—. Lo siento... —se disculpó tan rápido como había sucedido—. Solo te pido un poco de confianza...

El joven asintió, se levantó y se aproximó a él. Posó una de las manos sobre su hombro y le dijo:



—Esto es recíproco, hermano, y, si quieres que confíe en ti, debes prometerme que, cuando veas que necesitas ayuda, me la pedirás.

Aidan lo miró a los ojos de nuevo y asintió.

—Lo haré.

Maverick apretó su hombro y se acercó a la puerta.

—Todos queremos que estés bien, hermano. Nos preocupamos por ti y solo queremos que estés bien.

Él asintió otra vez.

—Te lo prometo —repitió—, pero ya verás como todo irá bien.

El otro lo miró brevemente, sabiendo que quien hablaba era el orgullo, y, como no quiso ser reiterativo, indicó:

—Voy a buscar a Alfred. Tengo que contarte muchas cosas y, como nos llevará todo el día, mejor que tengamos café.

—Aquí te espero —señaló y vio como se marchaba, dejándolo solo en la biblioteca.

El teléfono que había sobre la mesa, el mismo que podían utilizar para hablar con el servicio, le devolvió una imagen amarga. Sabía que su hermano había ido a buscar a Alfred para darle tiempo, un tiempo que ambos necesitaban para evitar que se enzarzaran en una nueva discusión que sabían, sin ninguna duda, que llegaría al final.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos unos segundos, dejando que el silencio de la habitación lo arrojara. Siempre le había gustado la biblioteca; era su lugar favorito de la casa y, cuando sentía que su mundo se desmoronaba, terminaba allí encerrado. Pero últimamente ni esas cuatro paredes conseguían relajarlo.

La llamada que recibió hacía ya dos meses lo hizo retroceder hasta aquel fatídico día en el que perdió todo. Su nueva vida, a la

mujer que creía amar, que creía conocer y que le había engañado...

Miró el libro que reposaba sobre el escritorio y pasó sus dedos por las doradas letras en relieve, siguiendo cada una de las líneas que conformaban el título. Era el libro favorito de Sorchá, la historia que tantas veces había leído y que se sabía de memoria...

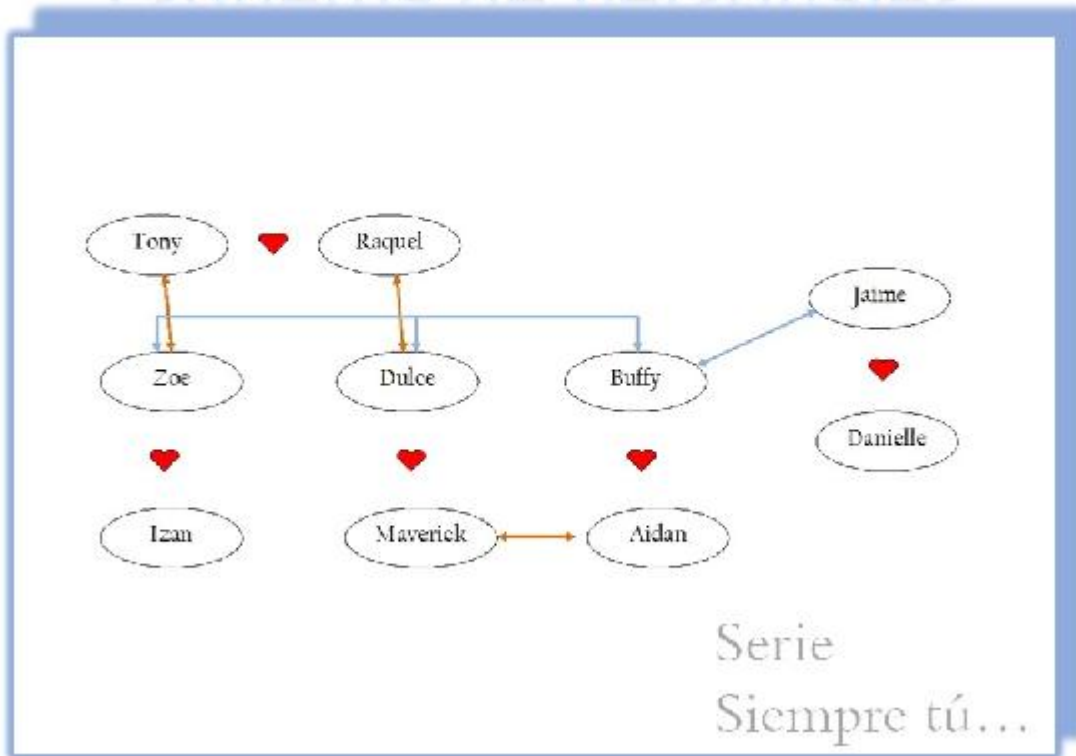
Golpeó con fuerza la portada y gruñó levantándose del sillón, para cerrar la puerta de la habitación tras él. Se dirigió al globo terráqueo y se sirvió un pequeño trago de *whisky*, que bebió de un solo trago.

—La última, Aidan —se dijo a sí mismo.

FIN

## PERSONAJES DE LA SERIE

### Esquema de personajes





SIEMPRE TÚ 3. ZOE

Merche Diolch

«La vida es algo más que observar cómo los demás la viven.»

Andy Tennant, *Hitch: Especialista en ligueo*

## Prólogo

—¡He aprobado! —gritó Dulce nada más entrar en el apartamento.

Hacía unos días que habían regresado de Dublín, y las tres jóvenes trataban de recuperar su rutina.

Buffy estaba más tiempo en el trabajo que en casa, intentando acabar el maldito proyecto que tenían entre manos.

Zoe había vuelto a desaparecer bajo montañas de libros y la biblioteca de la universidad se había convertido en su segunda casa.

Y Dulce, que lo primero que había hecho nada más aterrizar fue informar a su profesor de que aceptaba el trabajo, pasaba el tiempo con las últimas clases del curso de cocina, a la espera del resultado del examen final; que había llegado ese mismo día y pensaba celebrarlo por todo lo alto.

Las tres necesitaban un descanso, salir unas horas para despejarse y así poder distraerse de sus preocupaciones.

—¡Felicidades! —gritó Buffy desde la cocina.

Zoe salió de su habitación y le dio un abrazo.

—Me alegro mucho por ti. ¿Se lo has contado ya a Maverick?

—Seguro que sí. Desde que regresamos pasa todavía más tiempo colgada del dichoso móvil. —Le impidió hablar—. Menos mal que dijimos que tenía que desintoxicarse de él —mencionó divertida.

Dulce le ofreció una tímida sonrisa porque sabía que tenía razón. Desde su vuelta, la distancia, lejos de separarlos, los había unido



más a Maverick y a ella, y esa misma mañana ya había programado un nuevo viaje a Dublín.

—Me voy mañana a verlo —les indicó, sentándose en el sofá.

Zoe la miró asombrada.

—¿Ya? —Ella asintió—. Si acabamos de pisar suelo estadounidense...

La joven se tumbó todo lo larga que era.

—Mi profesor...

—Dirás tu nuevo jefe —la corrigió Buffy sacándole la lengua.

—Mi nuevo jefe —rectificó ella— dice que no empezaré hasta la semana que viene, y me recomienda que me tome unos días de vacaciones porque acabaré deseando dejar el trabajo.

La pelirroja se rio.

—Me gusta ese hombre.

—¿Dejar el trabajo? —preguntó intrigada Zoe.

Dulce se incorporó y las miró.

—Parece que tiene fama de ser muy exigente, por lo que el trabajo no va a ser nada fácil.

Zoe se acomodó a su lado.

—Menos mal que disfrutas cocinando.

—Sí —Buffy estuvo de acuerdo con su amiga—, pero no está de más que le hagas caso y, antes de irte a Dublín, ¿qué tal una salida de chicas? —Les guiñó un ojo.

—Me parece bien —soltó Dulce poniéndose de pie.

Zoe se hundió en el sofá.

—Yo es que tengo mucho que hacer...

Buffy tiró de su brazo, obligándola a levantarse.

—No me seas aguafiestas. Te vienes con nosotras...

—Sí —asintió Dulce—, hay que celebrar mi aprobado. —Movié las notas de lado a lado.

La morena puso los ojos en blanco, pero al final sonrió.

—Está bien. Saldré...

Dulce y Buffy la abrazaron al mismo tiempo y comenzaron a saltar, contagiando de su alegría a la otra.

\* \* \*

El Seven estaba hasta arriba. Parecía mentira que fuera jueves y que al día siguiente la gente tuviera que trabajar o estudiar, pero, como últimamente se decía, «los jueves eran los nuevos viernes».

Las tres chicas habían llegado al local no muy tarde, por lo que habían podido elegir reservado, desde el que disfrutar de la música de la banda mientras bebían las copas que les servía el camarero.

Reían y hablaban sin parar. Poniéndose al día de todo lo que había sucedido desde su regreso a la ciudad de los rascacielos, ya que, aunque vivían en el mismo apartamento, apenas habían coincidido.

Dulce les contó que Erin, la madre de Maverick, se encontraba bien. Controlada por los médicos, que seguían haciéndole pruebas, y con una dieta severa que compaginaba con ejercicio.

—Dice que le toca andar todos los días por lo menos una hora — les comentó sonriendo.

—¿Has hablado con ella? —se interesó Buffy.

Dulce asintió.

—Ayer, y me dijo que os recordara que seréis bienvenidas a su casa siempre que queráis.

Zoe sonrió.

—Esa mujer es increíble.

—Sí, aunque es una pena que tenga un hijo como Aidan —indicó Buffy.

Dulce y la otra chica la observaron extrañadas.

—Ha sufrido mucho...

La pelirroja chascó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza.

—No quiero saber nada de ese —comentó—. Prefiero deleitarme con otros especímenes más agradables...

Zoe y Dulce siguieron la mirada de su amiga, quien seguía el caminar del dueño del local.

—Chicas... —las saludó Izan nada más llegar a su altura.

—Hola, guapo —le dijo Buffy, bebiendo de su copa.

—Enana..., ¿estáis bien? —se interesó, hablando en general y posando su mirada en cada una de ellas hasta llegar a Zoe.

Ella asintió.

—Sí, gracias...

—Quizás salir a bailar no estaría mal —comentó Buffy, tratando de atraer su atención.

Izan la miró y sonrió.

—Seguro que aquí hay más de un chico que estaría dispuesto a sacarte a bailar. —Le guiñó un ojo.

Ella hizo un mohín con los labios.

—Pero yo solo quiero hacerlo contigo...

El chico rubio le revolvió el cabello con cariño.

—Tal vez después, enana. Tengo mucho trabajo ahora...

Ella asintió, aunque no estaba muy contenta con la respuesta.

—Ahora, me marcho —les informó y miró a Zoe—. ¿Te importaría acompañarme a mi despacho?

—Yo...

—Por favor —la cortó—, querría comentarte una cosa.

La chica miró a Dulce, la única de sus dos amigas que sabía lo que había ocurrido entre los dos, y esta movió la cabeza,

animándola a que aceptara.

—Serán solo cinco minutos... —insistió Izan.

Buffy la empujó, ya que estaba sentada a su lado, y le dijo:

—Venga, Zoe, quizás consigas que el jefe nos pague las bebidas.

Ella suspiró y asintió a regañadientes.

—Está bien...

Izan sonrió y atrapó su mano, lo que hizo que ella lo mirara sorprendida.

—Hoy hay mucha gente en el local... Es para que no te pierdas —explicó y se puso en movimiento tirando de ella.

Varias veces tuvieron que detenerse, ya que parecía que todos los allí presentes querían saludar o hablar con Izan sobre algo, por lo que esos cinco minutos que en un principio solo iban a tardar se convirtieron en muchos más.

Llegaron a la puerta del despacho e Izan, tras ofrecerle una sonrisa de disculpa, sacó la llave para abrirla, sin atreverse a soltarle la mano. Temía que saliera huyendo y no volviera a tener la oportunidad de encontrarla de nuevo. Hacía días que no la veía.

—Tú primera —la invitó, dejándola pasar.

Ella, con gesto huraño, pasó al interior del despacho.

—Cuéntame —le exigió en cuanto cerró la puerta tras él—. ¿Qué es eso que tenías que decirme?

Izan la observó, admirando la furia de sus ojos, y sonrió con prepotencia.

—¿A qué viene ese tono de voz? —la picó—. Todavía no te he dicho nada para que estés enfadada... —Aunque sabía que no iba a tardar en estarlo.

Zoe arrugó el ceño y, tras unos segundos, se pasó la mano por su negro cabello al mismo tiempo que suspiraba.

—Perdona...

Él asintió complacido e intentó acercarse a ella, pero, al ver que retrocedía, se detuvo.

—Tenemos que hablar —dijo sin más, tensando la mandíbula.

—No hay nada de qué hablar —escupió Zoe.

Izan le mostró esa sonrisa que la desquiciaba, esa que hablaba del secreto que compartían.

—Zoe..., ¿estás segura?

La manera de decir su nombre le erizó la piel y su corazón comenzó a latir demasiado aprisa.

—Lo que pasó... —se detuvo buscando las palabras exactas para describir lo que sucedió entre los dos, pero no las encontró— ... pasó y ya está. No hace falta que hablemos de ello. Ya es pasado... Está olvidado.

Izan chirrió los dientes al escucharla.

—¿Estás segura? —insistió.

Ella movió la cabeza de manera afirmativa con demasiada fuerza.

—Segura.

—Está bien... —indicó y se apartó a un lado—. Pues entonces, no hay nada más que hablar.

Zoe lo miró a la cara con una sensación extraña por tan rápida rendición.

—Entonces... —dudó por unos segundos— me marcho —anunció y caminó hacia la puerta, viéndose de pronto acorralada entre la madera y el cuerpo masculino.

Izan fijó sus ojos en los de ella y, sin previo aviso, atrapó su boca.

El beso fue abrasador. Sus labios se abrieron, admitiendo la húmeda caricia sin ofrecer lucha alguna, y sus lenguas se reencontraron, ansiosas por saborear de nuevo su sabor.

—Ya veo que no fue nada... —dijo mordaz y se separó de ella, que trataba de recuperar el ritmo normal de su respiración. Era

como si de pronto no supiera cómo debía coger el oxígeno que había en la habitación.

Zoe se volvió hacia la puerta, sin mediar palabra, y tomó el picaporte con intención de salir huyendo, pero Izan habló de nuevo, deteniéndola.

—Zoe... —No quiso mirarlo. No se veía capaz de hacerlo—. Te recuerdo que me debes una...

—¿Por? —preguntó con la voz temblorosa.

—La dirección de Maverick en Dublín...

La joven abrió la puerta sin decir nada y salió del despacho...  
Huyó de él.

Continuará...

## Biografía



Merche Diolch nació en Madrid el día de Reyes de 1979. Lectora empedernida desde la infancia, cursó la carrera de Historia y se especializó en estudios de la Edad Media, aunque no tardó en descubrir que su verdadera vocación era la escritura.

Piensa que todos los sueños se pueden alcanzar, pero siempre con constancia, paciencia y trabajando poco a poco para conseguirlos, por eso tanteó el mundo literario por

medio de pequeños relatos con los que colaboró en diferentes antologías literarias, hasta que dio el salto publicando *¿Por qué no?* y *Fuego rojo*. Dos novelas que fueron recibidas con expectación por parte de los lectores, logrando cosechar grandes éxitos.

Con *Para regalo* consiguió alcanzar el número uno en las distintas plataformas digitales de ventas y todavía siguen sorprendiendo sus excelentes resultados.

Sus series *Rapax*, *Dulce y salado* e *Y llegaste tú* no dejan de atraer nuevos lectores, recogiendo buenas e increíbles críticas que animan a la escritora a continuar en esta profesión, porque, según su propia opinión, «sin los lectores, los escritores no existiríamos».

Ha sido dos veces finalista del Premio AURA, cuyo galardón alcanzó en el año 2015.

En 2009 fundó la página *Yo leo RA*, una de las páginas web pioneras en especializarse en el género romántico y de la que derivan incontables actividades y acciones para la promoción del

género, como los «Encuentros Literarios RA», que se celebran cada año y a los que asisten más de seiscientas personas. Actualmente ha organizado el CiempoLiT. Festival de Literatura Infantil y Juvenil, con una increíble respuesta por parte de los asistentes.

A día de hoy trabaja en varios proyectos que verán la luz a lo largo del año.

Enlaces de interés:

Blog: [www.merchediolch.com](http://www.merchediolch.com)

Facebook: [Merche Diolch](https://www.facebook.com/MercheDiolch)

Twitter: [@MercheDiolch](https://twitter.com/MercheDiolch)

Instagram: [@merchediolch](https://www.instagram.com/merchediolch)



*Siempre tú 2. Maverick*  
Merche Diolch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la portada, Songquan Deng / Shutterstock

© Merche Diolch, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2020

ISBN: 978-84-08-23029-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

### **Otros títulos de Click Ediciones**

[Y llegaste tú 1. Raquel](#)

Merche Diolch

[Y llegaste tú 2. Tony](#)

Merche Diolch

[Mi error fue amar al príncipe. Parte I](#)

Moruena Estríngana

[Viaje hacia tu corazón](#)

Moruena Estríngana

[Amistad inesperada](#)

Moruena Estríngana

Puzzle

Moruena Estríngana

Dime otra vez te quiero

Moruena Estríngana

Déjame amarte. Los hermanos Montgomery

Moruena Estríngana

La magia de aquel día

Clara Albori

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**



